

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



El poder de la palabra

Homenaje a Víctor Andrés Belaunde

Cuadernos del Archivo de la Universidad **37**

Lima, 2004

Cuadernos del Archivo de la Universidad

Comité editorial

- Presidente : José Agustín de la Puente Candamo
- Miembros : Juan Carlos Crespo López de Castilla
René Ortiz Caballero
Jesús Vera-Portocarrero Beltrán
- César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

La edición de este *Cuaderno* fue dirigida por el historiador Eduardo Torres Arancivia.

Pontificia Universidad Católica del Perú

*El poder de la palabra: homenaje
a Víctor Andrés Belaunde*

. -- Lima: PUCP, 2004.

86 p. : il. ; 20 cm. -- (Cuadernos del Archivo de la
Universidad; 37)

. -- Incluye fotografías

Archivo de la Universidad PUCP
Apartado 1761 – Lima 100, Perú
Correo electrónico: archivo@pucp.edu.pe
Fax: (511) 626 2857



J. A. Belmont

Multa resurgentur quæ jam cecidere cadentque

Muchas palabras que ahora yacen muertas volverán a nacer...

Horacio, *Ars Poetica*

Presentación

El texto *El poder de la palabra*, que el Archivo de la Universidad presenta como homenaje al doctor Víctor Andrés Belaunde (1883-1966); diplomático, filósofo, historiador, maestro universitario y católico "convicto y confeso", constituye un justo reconocimiento a quien encarnara, durante largos años, la esencia de la Universidad Católica y Pontificia del Perú.

El doctor Belaunde representa en la historia de la Universidad, luego del padre Jorge Dintilhac, S.S.CC. y de José de la Riva-Agüero y Osma, la figura que aportó el mayor lustre nacional e internacional a la institución. Decimos *nacional* pues fue Belaunde el gran defensor del ser del Perú, de la peruanidad; e *internacional* pues alcanzó el máximo honor al que puede aspirar un diplomático que es llegar a la Presidencia de la XIV Sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas (1959). También, a nivel interno, le correspondió asumir el rectorado *pro tempore* entre el 10 de mayo de 1946 y el 16 de abril de 1947 y, luego, se desempeñó sucesivamente como decano, vicerrector y prorector. Otro cargo que ejerció, dadas sus cualidades académicas, fue la dirección del Instituto Riva-Agüero, Escuela de Altos Estudios de la Pontificia Universidad Católica del Perú, desde su fundación en 1947 hasta 1966, donde tuvo a su cargo el Seminario de Peruanidad. Su carrera académica en el claustro la coronó el 8 de diciembre de 1965 cuando fue reconocido por la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades (Roma) como rector *emérito* de nuestra Universidad.

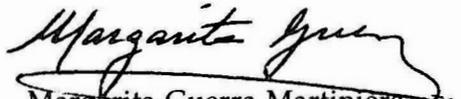
En este cuaderno convergen hoy varias generaciones. La de los mayores e intermedios que tuvieron oportunidad de participar con él en diferentes actividades, tanto académicas como profesionales y políticas, sin exceptuar las sociales de las tardes

rivagüerinas, en las cuales el maestro cruzaba la calle de Lártiga en dirección al antiguo salón de té *El Patio*, seguido por colegas y discípulos para continuar la tertulia ya iniciada en el local del Instituto, rociada ahora con bebidas calientes y algún bocadillo, a la hora del *Ángelus*. La otra generación es la de los jóvenes, los cuales se han nutrido en las obras de Belaunde del conocimiento sobre el Perú y allí han descubierto la trascendencia de sus ideas.

Este cuaderno tiene la virtud de haber podido reunir importantes testimonios personales de quienes participaron con don Víctor Andrés en el crecimiento de la Universidad. Se ha incluido testimonios de su secretario por largos años, César Pacheco Vélez; del padre Felipe Mac Gregor, S.J., con quien compartió labores de dirección en la Universidad; de José Agustín de la Puente Candamo, con quien tuvo una cercanía intelectual extraordinaria, tanto en la concepción del Perú, cuanto en sus convicciones religiosas; de Alberto Wagner de Reyna, diplomático, filósofo y ensayista, también muy identificado con sus posturas intelectuales, sus concepciones sobre las relaciones internacionales y sus vivencias católicas; de José Antonio del Busto Duthurburu que trabajó con él labores secretariales y de comprensión del Perú; de Luis Jaime Cisneros Vizquerra, con quien tuvo coincidencias en el manejo del idioma y en su inquietud por nuestro país; de Domingo García Belaunde, que unido a Víctor Andrés por lazos familiares nos acerca a aspectos poco conocidos de la relación entre el Maestro y la Universidad; y de Armando Nieto Vélez S.J., con quien tuvo profunda comunión en cuanto a sus ideas peruanistas y la confesión religiosa.

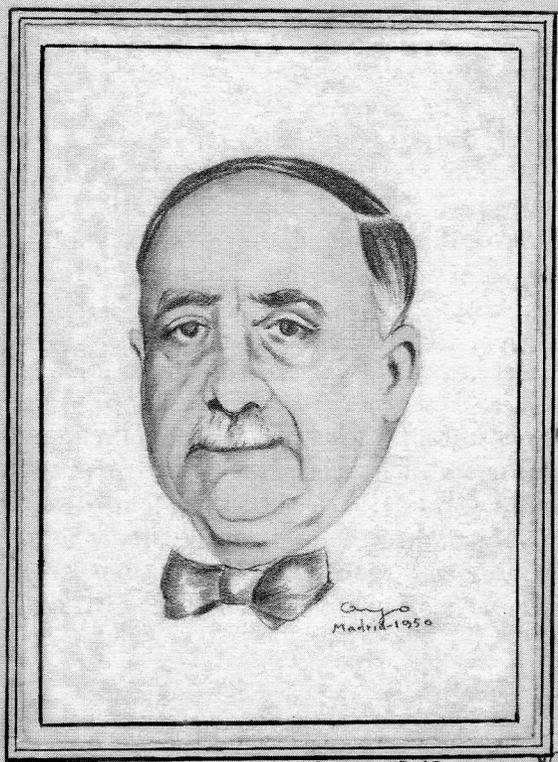
A los anteriores se unen las palabras de jóvenes y ya destacados historiadores como Emilio Candela Jiménez, Gonzalo Carrillo Ureta, Joseph Dager Alva, Jose Carlos de la Puente Luna y Eduardo Torres Arancivia, quienes representan una promesa para seguir manteniendo el estudio de la peruanidad y que han encontrado en la obra de Víctor Andrés Belaunde un estímulo para mantener la fe en el Perú.

Por todo lo señalado, este cuaderno tiene un especial valor de homenaje a quien dedicó su vida a rescatar la esencia de la nación peruana.



~~Margarita Guerra Martiniere~~
Profesora principal
Departamento de Humanidades
Directora del Instituto Riva-Agüero

Primera parte



Al Excmo. Sr. D. Victor Andres Velasco
delegado del Povo en O.N.U. con motivo
de su visita a España
Madrid: 25-3-50
Argo

Semblanza de un gran hombre

José Antonio del Busto Duthurburu

Usaba sombrero de felpa, sobretodo invernal y corbata de lazo.

Su rostro era trigüeño, carilargo, los carrillos algo caídos y los labios más bien delgados. La frente tenía arrugas y los ojos, de color castaño oscuro, lucían vivaces y serenos. El cabello, de matiz nogal, era fino y escaso; tenía un mechón nacido en la nuca que viajaba engominado hacia la frente cubriendo en su trayecto la calvicie delantera. Usaba breve bigote, sus cejas, en cambio, eran gruesas. Había sido robusto. Estaba viejo pero no curvado. Caminaba seguro, con lentitud natural, nunca daba la impresión de estar de prisa.

Su voz era gruesa, profunda, fuerte. Gran conversador tenía habla graciosa y contundente. No era varón de medias tintas. Por ejemplo, solía decir a alguien a quien había citado a su oficina: *no lo he llamado para que narre sino para que explique*. Bromista de cara seria no hacía ascos a una carcajada. Hablaba de cualquier tema con énfasis peculiar y, en algunos momentos, mirando fijamente y cerrando el puño, daba con él en la mesa haciendo temblar tazas y cucharillas. Era tan inteligente como culto y tan culto como socarrón.

Lo conocí por 1956. Era Director del Instituto Riva-Agüero. Lo hacía muy bien y daba prestancia a la institución. Ofrecía unas charlas magníficas, con mucho público, y cuando después de ellas alguien le alababa su brillantez y memoria, respondía con malicia: *Sigo siendo joven de la cintura para arriba, dando a entender que ya no lo era tanto de la cintura para abajo*.

Como diplomático también tenía anecdotario. Contaban que cuando las negociaciones con Colombia, por la cuestión de Leticia, se reunían los embajadores -peruanos y extranjeros- en sesiones que, como era de esperar, versaban sobre hidrografía. Estas sesiones,

en torno a una gran mesa, solían ser largas y los diplomáticos, de cuando en vez, se levantaban, uno por uno, para atender a sus demandas fisiológicas. Entonces era que él decía, según la duración de la tardanza: *ése ha ido al Orinoco... éste fue al Caquetá...* y si tardaba mucho o no volvía *ése está en el Putumayo*.

La verdad es que lo traté mucho. Y no solamente yo, sino todos los jóvenes que estábamos entonces en el Instituto Riva-Agüero, como Armando Nieto, César Pacheco, Carlos Deustua, Luis Felipe Guerra, Armando Zubizarreta, Pedro Rodríguez Crespo, Alberto Varillas y Raúl Zamalloa. Todos los días, a eso de las cinco de la tarde, se ponía de pie, le ayudaban a ponerse el abrigo, nos invitaba a dos o tres de los que allí estábamos a tomar un té en *El Patio*, restaurant al que acudían artistas y toreros, sito en la esquina de la calle Lártiga con la Plazuela del Teatro. Allí era que nos contaba mil anécdotas. Nos conocía a todos muy bien y nosotros le cobramos simpatía, amistad, confianza. Sus anécdotas eran infinitas y sus agudezas también. Cuando después de beber y charlar, a eso de las seis, nos retirábamos, se acercaba siempre al mismo camarero que nos atendía y, sacando una moneda de veinte centavos, se la ponía en la mano a modo de propina y le decía socarrón: *¡Toma... para que te emborraches!*

Alguna vez, por enfermedad del titular César Pacheco, fui su secretario particular. No era mal jefe. Hacía entonces que me sentara frente a la máquina de escribir y anticipaba que me iba a dictar un oficio. Empezaba entonces a ir y venir a lo largo de la habitación, se inspiraba de esa manera, y recién entonces comenzaba el dictado. De repente, a mitad del escrito y sin importarle su prosecución, lo interrumpía y creaba un apotegma. Sus apotegmas eran notables. Recuerdo que estábamos escribiendo una carta al Ministerio de Educación cuando sin explicación ninguna se detuvo, me miró y me dijo: *Del Busto, anote, porque si no se escapa de la memoria*. Me dispuso a anotar y él dictó con la mirada fija y el cuerpo inmóvil: *los ingleses para gobernar, los alemanes para guerrear, los franceses para amar, los italianos para vivir, los rusos para sufrir y los españoles para morir*. No dijo más, pero tuve que escribir nuevamente la carta.

Otra vez, sin venir a cuento, volvió a interrumpir mi trabajo para decirme: *no es lo mismo el plural que el singular, el singular enaltece y el plural desmerece. Por ejemplo: el honor... y los honores, el saber y los saberes, el decir y los decires, el amor y los amores.*

Fue testigo en mi casamiento religioso, pero antes y después de ello, departíamos frecuentemente. Me trataba con deferencia, tampoco con predilección. Aún así, llegó a tenerme confianza y me comentaba algunos problemas menores del Ministerio; yo también le conversaba asuntos de la Universidad, de la que él fue rector

interino en algún momento. Pero un día al anochecer, en el Instituto Riva-Agüero, me acerqué misterioso a él y le pedí conversar en privado. Él me miró, poseído por la curiosidad, me hizo pasar a la Dirección del Instituto, nos sentamos, y me dijo: *estoy a sus órdenes, en qué puedo serle útil.* En su fuero interno pensé que yo acudía a solicitarle un ascenso, un cargo o algo similar. Pero le di un susto cuando le dije: *Doctor, vengo a darle un "sablazo".* Conociendo lo que en criollo significaba esa palabra, entendió que le pedía dinero prestado. Por eso cambió nerviosamente de postura en el sillón



directoral, puso rostro de preocupado y llevándose la mano a la billetera, en el bolsillo interno del saco, terminó diciéndome: *no sé cuánto es lo que necesita... pero tenga en cuenta que no puede ser mucho... los diplomáticos tenemos sueldos bajos... todavía no es fin de mes... aún no nos han pagado.* Lo miré inexpresivamente un quinto de minuto y -consumada mi maldad- le dije: *no se preocupe, doctor, mi "sablazo" no es económico sino intelectual, lo que pretendo es, si no tiene inconveniente, que me escriba el prólogo de mi diccionario de conquistadores...* No me dejó concluir, se puso de pie, me dio un abrazo de alivio, y me dijo generoso: *naturalmente... naturalmente que acepto su invitación; y no solo agradezco su deferencia sino que me da un gusto enorme hacer lo que me pide.* Y al despedirme me dio la mano y me expresó refiriéndose a los muchos conquistadores a los que mi obra

daría nueva vida: *usted es un predecesor del Juicio Final*. Y cada vez que en lo sucesivo me veía, repetía esta última frase, haciéndola pública y hablando del *Diccionario*. Murió sin conocerlo, pero sí tuve tiempo de hacerle llegar mi libro sobre Francisco Pizarro publicado en Madrid, por la editorial Rialp, en 1966.

Cuando falleció en Nueva York a fines de ese año yo estaba en Lima. Pero esa noche pasaron por la televisión, todavía blanquinegra, varias vistas relacionadas con su persona: su barrio sanisidrino, su calle, su casa, su habitación de trabajo, y encima de su escritorio -como si lo hubiera leído antes de viajar- aparecía mi libro que le acababa de obsequiar: *Francisco Pizarro, el Marqués Gobernador*.

De Víctor Andrés Belaunde admiré muchas cosas relacionadas con su hablar en público: su dicción clara, su argumentación franca, sus conclusiones útiles. Admiré de modo especial su pensamiento sobre el mestizaje peruano -*La Síntesis Viviente*-, aunque no colmulgué con las culturas asumente y asumida. Su valentía de llamarse cristiano, cosa que entonces no era muy fácil, y de creer sin titubeos en Dios. De separar lo ideal de lo material y de buscar, sin artificios, el perfeccionamiento del hombre. Belaunde no solo sabía lo que quería sino que hacía lo que debía. Tenía honestidad y limpieza de intención. Poseía la rara virtud de generalizar con éxito. Su intuición era certera, su inteligencia buscaba constantemente la verdad.

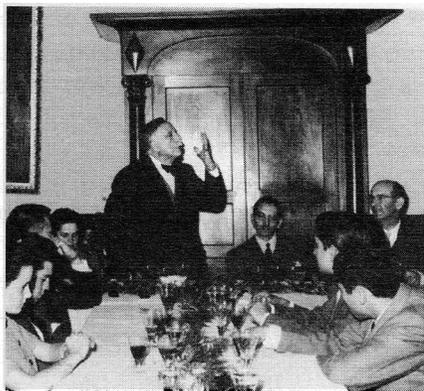
Cuando su deceso muchos se proclamaron sus discípulos. Yo no llegué a serlo, nunca fue mi profesor. Pero su memoria ha perdurado en mí, más que en muchos de los que entonces pugnaron por hacerlo su maestro. Lo recuerdo con nitidez. Era un hombre superior.

Entre la serenidad y la inquietud

Luis Jaime Cisneros Vizquerra

Gran lección de mi vida fue, ciertamente, compartir muchos días de mocedad y madurez con un hombre de la talla de Víctor Andrés Belaunde, personaje que supo fundir todas las pasiones hermosas del cielo y de la tierra en un himno jubiloso que proyecta y multiplica en cada uno de nosotros el delirio de la patria indistinta.

Evoco las tardes del Instituto Riva-Agüero. La quietud que caracterizaba a la casa, hecha para la reflexión y la lectura provechosa, solía quebrarse cerca de las cinco de la tarde. Una voz solemne cruzaba los aires: ¡*Máximo, Máximo!* El vibrante llamado anunciaba que Víctor Andrés se acercaba a la dirección. No solo era la orden implícita de que había que prepararle la taza de té, sino de que pronto nos reuniríamos para la obligada conversación. Esa conversación era esencial para confirmarnos que Víctor Andrés había llegado al Instituto.



Quien haya compartido algunos aspectos de la vida de Víctor Andrés, y haya gozado el fresco y renovador aire de su conversación edificante, tiene ganancia asegurada en la memoria para el recuerdo. En este hombre verboso y entusiasta, que tenía ímpetus adolescentes en sus eventuales rabietas y en sus inesperadas acometidas de ternura, aprendí a admirar dos paralelas y

permanentes líneas de conducta, tal vez paradójicas, que bastaban para descubrir los secretos de su envidiable condición humana: la serenidad y la inquietud. Estuvieron presentes hasta en el título de algunos de sus ensayos. Sereno e inquieto era

Víctor Andrés. Hombre de oración y hombre de batalla. Nadie aventajaba a Belaunde en el entusiasmo (cercano a veces a la euforia), así como era verdad que, ganados los espíritus para la empresa a que nos hubiera convocado, un aura serena iría creando en el auditorio espacio propicio al goce de la reflexión. Fue virtud excelsa en Víctor Andrés, que manejó con talento extraordinario y constituyó indudablemente el secreto de sus más sonados aciertos diplomáticos. No se trataba de actitudes antagónicas; en realidad, eran los dos modos agustinianos que Víctor Andrés había aprendido a practicar. Por un lado, la inquietud servía para conocer, profundizar y recrear, manteniendo así vivo a su espíritu curioso. Por el otro, la serenidad, nutrida de reflexiones pascalianas que ofrecía esa confianza dulce que convive *con la conciencia de nuestra fragilidad*. En la hábil concertación de inquietud y confianza alcanzó a infundir en nosotros optimismo, coraje y fe.

Víctor A. Belaunde y la Universidad Católica

Domingo García Belaunde

Se me ha pedido algunas líneas sobre Belaunde y la Universidad Católica. Y, en realidad, me han puesto en un pequeño aprieto. A Belaunde lo traté desde niño por evidentes razones familiares, pues frecuentó mi casa desde siempre para visitar a su hija y a sus nietos. Pero hablar sobre su relación con la Universidad Católica es más complicado, porque mi conocimiento de estos hechos es solo a partir de 1961, cuando ingresé a la entonces llamada Facultad de Letras, ubicada en la Plaza Francia y me inscribí en el *Seminario de Filosofía* del Instituto Riva-Agüero, que entonces dirigía Radu Enescu, un filósofo rumano radicado en aquella época en Lima y a quien recuerdo con gratitud.

Durante todos esos años, esto es, desde 1961, tuve trato diario con Belaunde en la Católica, y así lo fue hasta 1966, en que falleció. Decir lo que fue antes, con precisión, es algo que solo se puede hacer luego de un análisis detenido de archivos, que lamentablemente no se ha hecho. Y es por eso que he recurrido a testimonios dispersos, a algunos escritos de actores de la época, o a mis propios recuerdos. Todo esto, por cierto, sujeto a revisión, cuando llegue el momento adecuado.

Lo primero que hay que recordar es que Belaunde, al igual que todos los de su generación, se formó en la vieja Universidad de San Marcos y a ella se dedicó con intensidad, cuando dicha casa de estudios era la única en Lima y además, la más prestigiada. Los maestros, los profesionales, los grandes investigadores, estudiaban y egresaban del viejo claustro carolino. Cuando se funda la Universidad Católica en 1917, nadie le dio importancia, y tuvo un inicio discreto y en cierto sentido disminuido.

Y así fue durante muchos años. Belaunde cuenta en sus *Memo-rias* que al regreso de su destierro, a fines de 1930, lo primero que hizo fue buscar su reincorporación a San Marcos, para el año

universitario que se iniciaba en abril de 1931. Recibió entonces la visita del Padre Jorge, invitándolo a enseñar en la nueva Universidad, a lo que respondió con una cortés negativa. Belaunde en sus *Memorias* no se explaya en este hecho, pero yo sí tengo motivos para pensar que en el fondo no le dio importancia a la joven casa de estudios ni a la invitación que se le hacía. Esto coincide con lo que alguna vez me contó mi padre, egresado del colegio jesuita en 1929, y que ingresó en 1930 a la Universidad de San Marcos, que era su gran ilusión, así como la de sus compañeros de generación. Se le llamaba, según me decía, la "Academia Dintilhac". Y era natural que así fuese. Pero luego vinieron dos acontecimientos importantes: el primero es que Belaunde fue vetado en San Marcos, por las agitaciones políticas de la época, y en su renuncia lo acompañó Riva-Agüero y otras personalidades más (entre ellas, la que presentó su renuncia irrevocable al decanato de la entonces Facultad de Jurisprudencia, Carlos García Castañeda, quien en vida me proporcionó copia de tales documentos, que espero publicar algún día). Y por otro, al poco tiempo, la Universidad de San Marcos fue clausurada por el gobierno de Sánchez Cerro. Estos dos hechos fueron los que llevaron a Belaunde y a Riva-Agüero a ingresar a la docencia en la Universidad Católica, convencidos que ahí les correspondía llevar a cabo una misión específica que en la vieja universidad no se les permitía. Efectivamente, sin la presencia de Riva-Agüero y de Belaunde, las cosas hubieran sido diferentes, y en todo caso, mucho más lentas y sin el impacto internacional que ganó a los pocos años. En el caso concreto de Riva-Agüero fue significativo, además, del inmenso legado que hizo de toda su fortuna, a la joven universidad, la cual se ha visto acrecentada con los años.

Ahora bien, las *Memorias* de Belaunde se interrumpen en 1933, y no es posible seguir sus pasos por la universidad, lo que habrá que hacer luego de una investigación detenida. Sin embargo, hay que tener presente que existen algunos ensayos útiles que debemos a José Agustín de la Puente Candamo, al padre Felipe E. Mac Gregor y a César Pacheco Vélez. Y sobre esa base, y alguna información directa que tengo, podemos hacer algún esbozo.

Lo primero es que Belaunde tuvo en la Universidad Católica una presencia permanente durante largos años. En ese lapso ocupó importantes puestos en los diferentes niveles de las autoridades universitarias; fue consejero cercano del Padre Jorge, y quizá pudo ser rector a la muerte de éste, si no hubieran mediado algunas rencillas internas que en su momento habrá que aclarar.

Pero dentro de esta labor, fue Decano de la Facultad de Ciencias Políticas y Comerciales y luego Decano de la Facultad de Derecho. Y vice-rector, pro-rector, rector *pro tempore*, y al final de sus días, rector *emérito*.

Dentro de esta larga labor universitaria, hay que considerar el dictado de varios cursos (en especial, el de *Derecho Constitucional* en la Facultad de Derecho, el de *Historia de las religiones* en la Facultad de Letras), y conferencista permanente en cuanto evento se realizaba en aquellos días.

Importante, sin lugar a dudas, es la fundación del Instituto Riva-Agüero, que él planea y pone en práctica en 1947, y que dirige hasta su muerte, acaecida en 1966. Dicho Instituto fundó por iniciativa suya, el *Boletín* que hasta ahora se publica, y fue el animador permanente de todas sus actividades.

En lo personal, recuerdo a Belaunde durante esos años, como un asistente asiduo a la vieja casona de Lártiga, en forma diaria o casi diaria, incluso durante los meses de verano. Esta presencia la interrumpía



desde inicios de setiembre, hasta mediados de diciembre, período que durante los últimos años de su vida lo dedicó a repre-

sentar al Perú como jefe de la delegación peruana ante las Naciones Unidas durante el periodo de sesiones (el resto del año lo ocupaba el delegado permanente, que vivía en forma estable en Nueva York, sede del organismo mundial).

El reconocimiento que le brindó la Universidad Católica fue sobre todo en 1963, en que cumplió 80 años, pues no solo le hizo un homenaje público, sino que avaló y financió un inmenso *Libro-Homenaje*, que publicó conjuntamente con la revista *Mercurio Peruano*, fundada y editada por Belaunde.

La presencia de Belaunde en la Universidad Católica cubre, pues, más de tres décadas. Quizá las decisivas para la formación, o mejor dicho, consolidación de la Universidad. Cuando ingresa a ella, gracias a la tenaz invitación del Padre Jorge, lo hace dictando el curso de *Historia de las religiones*. Se dedicó no solo a enseñar, sino a afianzar el papel que la nueva Universidad se estaba labrando en el medio académico peruano. Lo hizo utilizando su enorme prestigio y sus grandes conexiones con el mundo cultural que tan bien conocía. Y fomentó, además, muerto Riva-Agüero, los estudios de humanidades en sus diversas facetas. Adicionalmente, puso especial énfasis en la formación de las nuevas hornadas universitarias y en la de los futuros maestros, de lo que son prueba palpable los discípulos que forjó durante esos años.

Lo importante de Belaunde es que era un intelectual compenetrado y comprometido con el mundo que lo rodeaba. Era un hombre cordial y generoso, afectuoso en el trato, de palabra fácil y con una innegable vocación para el diálogo. Sus mejores piezas, son, quizá, las oratorias, en cuanto han sido recogidas fielmente.

Es bueno recordar a un hombre como Belaunde, que cuanto más subía en la escala de la vida -pues sus mayores triunfos los tuvo a partir de la década de los treinta- más se aferraba a la Universidad Católica, a la que llegó a considerar más suya que las demás.

*Víctor Andrés Belaunde: elogio fúnebre **

Felipe E. Mac Gregor, S.J.

Formando parte del cuerpo de nuestra nación, de sus leyes, instituciones, disposiciones administrativas, pero formando parte sobre todo del alma de nuestra nación, de sus ideales, sus aspiraciones, sus angustias como del pulso de sus días, unida sobre todo con una maternidad intelectual y moral a muchos hombres en quienes parece como anhelar más hondo el espíritu de la patria, vive hace 50 años la Universidad Católica del Perú y durante 35 de esos 50 años, la Universidad tuvo en el maestro Belaunde un apoyo, una inspiración y una guía.

Comprenderéis por qué al callar ahora su voz, el silencio nos sobrecoge primero y nos obliga después a oír los otros modos, a buscar los otros vestigios, cómo su inspiración, su guía pueden llegar hasta nosotros.

Nos sobrecoge el silencio de quien fue voz, palabra ardiente, imagen modulada por la emoción, la inteligencia.

Nos sorprende la rigidez de un cuerpo cuya actividad pasmosa lo hacía casi diáfano, transparente, dócil al espíritu.

Nos confunde la falta de la luz en sus ojos, esa luz que no solo era el fulgor, el brillo de su inteligencia, sino también la mirada amiga, amable, la que censura, como la que atrae.

¡El frío de su cadáver contrasta tanto, es tan opuesto al calor ardiente de su afecto de amigo, de maestro, de creyente, de buscador incansable, de peregrino del mundo!

* Oración pronunciada en el Cementerio General, el día 17 de diciembre de 1966 por el Rector de la Universidad Católica del Perú R.P. Felipe Mac Gregor, S.J.

Esto es irreversible: cuando vuelvan su voz, su mirada o el calor de su cuerpo se habrá acabado el tiempo que contamos los hombres, y empezará el día del Señor, cuando Él marcará el tiempo sin orillas.

Es cierto, pues, que no podemos ya ir tras el llamado de su voz amiga, ni podemos leer en su mirada la decisión de su voluntad, ni sentir la fineza de su afecto; por otros vestigios hemos ahora de andar para encontrar su inspiración.

La Universidad es la certeza firme que se afianza en el saber iluminado por la fe.

La Universidad es la búsqueda incesante de las verdades a que ese saber se extiende y con las que se ilustra.

La Universidad es el amante, apasionado empeño, de que la verdad ilumine la vida de las naciones, los pueblos, o la humanidad entera: por eso la Universidad es la patria hecha lección, preocupación y amor intelectual como el que Spinoza reserva para las más grandes entre las cosas.

La Universidad es, además, el trabajoso esfuerzo, el trajín sin desmayo para que aprender y estudiar, dialogar y buscar la verdad, puedan ser hechos con decoro, libertad y seguridad.

El testimonio de su vida, las *Palabras de fe* o *El Cristo de la fe* del maestro Belaunde, son algunos de sus muchos testimonios, de cómo la tensión entre saber y creer es una tensión real, son además, la prueba viva de que esa tensión tiene solución, pero que la solución no es fórmula sino un espíritu, una actitud que la Universidad Católica tiene la misión y la obligación de crear.

No hay Universidad donde no hay búsqueda de verdad, ya sean las verdades de unos límites territoriales, como las leyes internas que dan consistencia y dinamismo a una síntesis que vive. Para la Universidad Católica será siempre una inspiración la inquietud de este constante buscador que enseñó a buscar, despertó en muchos la ambición de conocer.

La fe del Perú, la vida del Perú, la historia del Perú, los hombres del Perú, conformamos una síntesis viviente que es la peruanidad. Belaunde fue el alquimista que estudió esa síntesis y su taller, sus alambiques y redomas para el análisis o las pruebas, fueron su casa y nuestra casa: la peruanidad y su estudio estarán siempre asociados al maestro Belaunde y a la Universidad Católica del Perú.



Pero, además de dedicarse en la Universidad a las grandes urgencias intelectuales,

Belaunde también trabajó con tesón y desinterés admirables en su gobierno. Su título de rector *emérito* es quizá el más justamente concedido por la Universidad: desde que ingresó a ella fue miembro del Consejo Superior, más de 35 años en el máximo órgano de gobierno de entonces y en los que después se sucedieron al perfeccionarse la estructura y sistema de gobierno de la Universidad Católica.

Por estos caminos de síntesis de fe viviente, ardiente pasión intelectual, amor sin fronteras al Perú y amor a la Universidad, leal y sacrificado, como todo amor auténtico, podremos los hombres de la Universidad encontrar la voz amiga, la guía, la inspiración de Belaunde.

Estas palabras no son nuestro homenaje, su homenaje es la obra por él hecha y la que muchos otros han hecho y hacen en la Universidad inspirados por él.

Con Belaunde muere uno de los hombres que Dios providencialmente asoció con el Padre Jorge para establecer la Universidad, tales fueron José de la Riva-Agüero, Cristóbal de Losada, Raymundo Morales de la Torre.

Menciono a algunos de los fallecidos. Nos queda a los que vivimos y fuimos testigos de la dedicación de Belaunde y estamos como él

convencidos de la importancia de la obra, no solo continuar sino mejorar la Universidad Católica.

Siento frío ante la grandeza de la misión, afectivamente siento la falta de este amigo y consejero, por eso mi fe de cristiano me vuelve a Dios y a un nuevo intercesor que la Universidad tiene ante Él y le encomiendo, le pido, que continúe velando desde el cielo por lo que tan noble, tan celosa, tan abnegadamente trabajó en la tierra.

Recuerdo de Víctor Andrés Belaunde

Armando Nieto Vélez S.J.

De los abundantes recuerdos que guardo de Víctor Andrés Belaunde deseo destacar solo algunos que para mí tienen especial significación. Lo había visto y oído varias veces en el antiguo local del Colegio de la Inmaculada. Sus hijos José y Pedro estudiaban en el colegio: Pepe fue condiscípulo de mi hermano Manuel (promoción 1945), y Pedro era mi compañero de aula en la promoción 1948. Los jesuitas apreciaban mucho a Víctor Andrés; y esa estima era correspondida.

Cuando ingresé en la Universidad Católica en 1949, acababa de cumplir Víctor Andrés su tarea de Pro-rector a la muerte del P. Jorge Dintilhac, y le sucedió en el rectorado el P. Rubén Vargas Ugarte. Mi inclinación a la Historia me llevó a frecuentar el Instituto Riva-Agüero (que está a solo seis cuadras de la plazuela de la Recoleta, donde funcionaba entonces la Facultad de Letras). Gracias a José Agustín de la Puente pude iniciar un trato personal con Víctor Andrés, que un par de años antes había sido el fundador del Instituto y su director también hasta su muerte en 1966.

Belaunde era presidente de la delegación peruana en las Naciones Unidas, y por ello una parte del año la pasaba en Nueva York. Durante su permanencia en Lima venía diariamente por las tardes al Instituto. Recuerdo que inició un *Seminario de peruanidad*, donde nos transmitía sus ideas del Perú y su amor al país. En ese seminario participaron como conferencistas Fernando Belaunde Terry, Luis Ortiz de Zevallos Paz Soldán, Luis Dorich -arquitectos los tres-, así como historiadores y geógrafos.

En 1953 las distancias se acortaron, y Víctor Andrés me pidió que fuera una suerte de secretario particular. Esta feliz y honrosa designación me hizo conocer la "torre de papel" de su casa en San Isidro y también su estancia de invierno en Chosica. Mi tarea principal era copiar al dictado el texto de sus conferencias y lecciones.

Luego de las convenientes correcciones, Víctor Andrés (que tenía una excelente memoria) se las aprendía casi al pie de la letra, con lo cual puedo desmentir la versión que corría por ahí de que Belaunde era un gran improvisador.

En varias ocasiones, y en vista de la eventual publicación de algún texto, Víctor Andrés me encargaba que buscara en su biblioteca o en Riva-Agüero las citas precisas para documentar una información. *Nieto* -decía con voz de mando-, *encuéntreme en Córdova y Salinas la lista de los primeros frailes franciscanos en el Perú*, o *Ponga la cita completa de Arriaga* (o de Acosta, Polo de Ondegardo, o Falcón) *sobre la adoración de las huacas*. Era una búsqueda que demandaba tiempo, pero sumamente enriquecedora. Así fue surgiendo, por ejemplo, el ensayo titulado "La evangelización y la formación de la conciencia nacional en el Perú", que habría de ser finalmente el sexto capítulo de la segunda edición de *Peruanidad* (Lima, 1957).

Cuando me dictaba las páginas finales de ese ensayo, podía yo notar la fuerza y convicción con que pronunciaba las frases; cómo quería unir la justa expresión estilística al vigor y nitidez de sus ideas. Estaba persuadido de que transmitía algo que para él era fundamental en su idea del Perú. Y se sentía feliz de coincidir con Christopher Dawson y Arnold Toynbee en la importancia del factor religioso en las civilizaciones.

Fueron muchas las tardes en que hacíamos una interrupción del trabajo en Riva-Agüero para compartir un frugal té en el restaurante *El Patio*, en la esquina de Lártiga con Plazuela del Teatro. A pesar de sus setenta años de vida, era como un muchacho en su conversación franca, risueña y cordial. Veía con sapiencia de diplomático experimentado la realidad internacional. Nos contaba sus amables encuentro-



nazos con Andrei Vishinsky (1883-1954), delegado soviético en la ONU. Relativizaba importancia de las cosas solemnes, así fuesen las mismas Naciones Unidas: *Cuando dos naciones pequeñas entran en conflicto intervienen las Naciones Unidas y desaparece el conflicto. Cuando entra en conflicto una nación pequeña con una grande, desaparece la nación pequeña; pero cuando entran en conflicto dos grandes potencias, desaparecen las Naciones Unidas.* Otro día nos preguntaba: *¿Sabén qué es un camello? Es un caballo ensamblado por una comisión de expertos de la ONU.*

Desde Nueva York se interesaba por la marcha de nuestro Instituto. En el mes de marzo de 1956 recibí de él una carta muy cordial, pero también muy precisa, que comenzaba con cinco preguntas puntuales. La transcribo exactamente: *¿Salió Mercurio? ¿Por qué no me lo mandan? ¿Por qué no me envían por el Ministerio las pruebas compaginadas? ¿Qué tal la recepción de Toynbee? ¿Se les ha ocurrido hacer que Studium le dé un ejemplar de mi Síntesis viviente y el Instituto un ejemplar de su Boletín?* (22 de marzo de 1956).

En agosto de 1959 un grupo de estudiantes jesuitas viajábamos a España a bordo de la motonave italiana *Vespucci* para el curso de *Filosofía*. En plena travesía del Atlántico, en la tarde del 16 de septiembre si mal no recuerdo, llegó al barco un radiograma con la noticia de que el delegado peruano Víctor Andrés Belaunde había sido elegido Presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas. El capitán del buque, sabedor de que viajaba a bordo un grupo de peruanos nos la hizo conocer y tuvo la amabilidad de celebrar en la cena la buena noticia de la elección: hizo servir copas de espumante italiano y un plato especial.

Desde Alcalá de Henares le escribí para felicitarlo por la merecida elección. Me contestó el 6 de enero de 1960: *Ya sabía de la grata impresión que causó en mis hermanos ignacianos mi elección. Fue obra de la Providencia. Con su ayuda he seguido trabajando en la Asamblea pasada. Pida Ud. a Dios por mí. A pesar de mis 77 años puedo trabajar; Deo volente, quisiera continuar prestando mis servicios a la ONU y al Instituto Riva-Agüero. Los años, por la gracia divina, me están dando una serenidad y conformidad que no tuve en épocas anteriores. Estamos*

al final de la jornada. Roguemos a Dios aumente mi devoción.

La última carta que tuve de él es del 13 de enero de 1964, en que agradecía el saludo por su octogésimo cumpleaños: *Cuánto tengo que agradecer a Dios al llegar a esta edad en posibilidad de servirlo. Estos han sido para mí días de gran emoción. Ayer mismo [12 de enero] en el ágape del Instituto Riva-Agüero recordamos el milagro de nuestra obra.*

Como su gran amigo José de la Riva-Agüero, Víctor Andrés actuó, escribió, habló e hizo mucho por el Perú. Fue un defensor de las buenas causas. Recuerdo que me contaba como, en los años de la posguerra, por influjo de la victoriosa Unión Soviética, se intentó aislar a España del concierto internacional. Belaunde fue en la ONU casi un defensor solitario; al punto que, cuando pasó por Madrid en 1952, no solo el Gobierno en pleno sino personas muy sencillas se acercaron a agradecerle y felicitarlo. Incluso estudiantes peruanos de esos días recuerdan que en un restaurante famoso de Madrid, la administración no quiso cobrarles el consumo por tratarse de peruanos, compatriotas de quien había defendido a España en el foro de la ONU en momentos en que más de medio mundo decretaba el bloqueo internacional y diplomático. Finalmente España fue admitida el 14 de diciembre de 1955.

Para sus colegas de la ONU fue Víctor Andrés Belaunde un extraordinario internacionalista, un orador vibrante. En la sesión de la Asamblea de las Naciones Unidas el 14 de diciembre de 1966 se difundió la noticia de su muerte súbita. El delegado afgano expresó sentidamente el duelo de los colegas: *No busquéis su tumba en la tierra, porque ya vive en la mente de los sabios y en el corazón de los que saben amar.* Como creyentes podemos añadir: *...y en la paz de Dios, para siempre.*

*Evocando a Víctor Andrés Belaunde**

César Pacheco Vélez

El primer recuerdo que guardo de don Víctor Andrés es el de una mañana de noviembre del año 1946. De pronto irrumpió en el aula de quinto de media precedido por el P. Prefecto del Colegio de la Inmaculada. Venía a darnos una charla de orientación vocacional y de presentación de la obra de la Universidad Católica. Nos habló del P. Jorge Dintilhac, SS.CC., su visionario fundador, y del patente sentido providencial de su obra, tan exigua de medios materiales; de Riva-Agüero, el gran historiador y humanista, prematuramente desaparecido, en cuya casona solariega de Lártiga pensaba la Universidad establecer un Instituto de altos estudios que sería, según el neologismo del maestro, un encontradero propicio para las inquietudes culturales de la juventud, un ámbito cordial para el diálogo y la solidaridad entre maestros y alumnos, un verdadero hogar intelectual. Nos habló de lo que significaba la Universidad Católica en el panorama de la educación superior peruana. Había en sus palabras un sincero entusiasmo. Su voz era cálida y convincente. Ratificaba las ideas con ademanes y gestos, quién sabe un tanto espectaculares para tan íntimo círculo pero en todo caso definitivamente eficaces. Sobre la amplia frente cayó pronto el mechón romántico, característico de sus momentos de euforia. De su mirada de lejano brillo, penetrante y dominadora, trascendía su paternal bondad. El movimiento de manos y de brazos, enérgico y nervioso, seguía las ondulaciones de su voz pastosa, de vibrante sonoridad, que iba de la confidencia sugestiva a la imprecación, desenvolviendo todos los secretos de su don suatorio. La anacrónica corbata de lazo nos daba la impresión de una vieja estampa que de pronto se hubiera animado. Los hondos surcos del

* El presente texto es un extracto del "Estudio Preliminar" que César Pacheco Vélez (1929-1989) escribió para *Trayectoria y destino: memorias* (Lima, 1967) de Víctor Andrés Belaunde.

semblante, las pinceladas blancas en la cabellera y el bigote, la apostura solemne, todo contribuía a presentarlo como el noble patriarca que era. La disertación hizo impacto. La mayoría de los alumnos de esa clase teníamos el propósito de seguir los estudios universitarios en San Marcos. Luego de la charla de Belaunde la decisión de ir a la Católica fue unánime.

La enseñanza secundaria entre nosotros no era frecuentada -y aun hoy no lo es, suficientemente- por las expresiones vivientes de la cultura nacional. Ahora teníamos ante nosotros una figura cuyo nombre y mensaje atravesaban furtivamente por las páginas de nuestros textos escolares y por las lecciones de nuestros profesores. Su viva imagen, que se nos antojó el arquetipo de la fascinación y la elocuencia, tuvo que dejarnos honda huella.

En 1947, Belaunde era la figura central de la Universidad Católica, la personificación del *alma mater*, su vocero más representativo. El catedrático de *Historia del Perú* en el primer año de la Facultad de Letras, José Agustín de la Puente Candamo, nos llevó a las flamantes aulas del Instituto Riva-Agüero y formamos el *Seminario de Historia*. Unas semanas más tarde volvimos a escuchar a don Víctor Andrés presentando, ante un público que atiborraba los salones de Lártiga, a don Raúl Porras Barrenechea, en la brillante apertura de las actividades públicas con un célebre cursillo sobre Francisco Pizarro y la Conquista del Perú. Como auxiliar de la Secretaría del Instituto fui presentado formalmente a don Víctor Andrés. De inmediato se rompió la aparente solemnidad que lo rodeaba -prestigio, edad avanzada, personalísimo toque de exotismo indumentario, poder, sabiduría, y hasta el sabido diapasón de su voz resonando por entre los salones- y se creó ese clima de cordialidad irradiante que era una de las señas más apreciadas de su personalidad. Al año siguiente Jorge Puccinelli -catedrático de *Introducción a la Literatura*- nos pidió una primera colaboración para el *Mercurio Peruano*. Nos incorporamos a la espo-



rádica tertulia que el maestro presidía en los salones de Lártiga o en *El Patio*. Se fue tejiendo así, en episodios casi cotidianos, una amistad honda y sincera. El doble vínculo del Instituto y el *Mercurio* nos llevó muy espontáneamente a otra forma de colaboración con el maestro, peculiar de su tarea intelectual en compañía, nunca solitaria, buscando siempre el diálogo, rechazando cualquier forma de solipsismo: nos dictaba sus artículos y conferencias a la máquina, que debíamos manejar con máxima destreza para seguir su ritmo vehemente; nos adelantaba como una primicia el contenido de sus charlas, en una forma disimulada de ensayo oratorio. Fue luego la corrección de las pruebas tipográficas de sus libros: *La Síntesis Viviente* (Madrid, 1950), *Inquietud, Serenidad y Plenitud* (Lima, 1951). En los años siguientes, de sus discursos en las Naciones Unidas. Más tarde, de la segunda edición considerablemente ampliada de *Peruanidad* (Lima, 1957), sobre todo en la parte bibliográfica, del *Bolívar* en su primera versión española (Madrid, 1959) y de las recientes reediciones de *Meditaciones Peruanas* (1963), *La Realidad Nacional* (1964) y *El Debate Constitucional* (1965). Se forjó así una verdadera compenetración en el trabajo. El maestro apreciaba esta modesta colaboración y la estimulaba generosamente, exagerando su importancia; la exageración, decía él, es la mentira de las personas honradas.

Precisamente durante todos esos años que no llegó a evocar en estas *Memorias*, su actividad fue incesante, inexhausta su capacidad de amistad, de forja de ideales e instituciones, de solidaridad humana, sin el menor respeto a los formulismos generacionales; se sentía más a gusto con gentes en veinte, cuarenta o más años menores que él, que no con aquellos de sus contemporáneos espiritual y cronológicamente viejos; *la juventud*, decía, *es un estado del alma*. Y él corroboraba la suya con una exuberante y contagiosa vitalidad.

No estuvo exenta esa tarea de dolorosas incomprendiones, ni le fue siempre fácil convencer a las autoridades universitarias de la urgencia de un centro de altos estudios dedicado a la investigación científica desinteresada, sin los apremios de la mera preparación profesional, dedicado al estudio sereno de los fun-

damentales problemas del país desde sus raíces históricas y sociológicas, de las grandes líneas del pensamiento cristiano, de la doctrina de la Iglesia sobre las cuestiones sociales; de un Instituto, en fin, que fuera el vínculo de oro -así lo llamaba él- entre los claustros universitarios de San Marcos y la Católica. Con ese espíritu fundó el *Seminario de Peruanidad* y lo dirigió por varios años, llamando a sus reuniones a los principales especialistas sobre los temas tratados, con amplitud de criterio, afanoso de un diálogo intelectual auténtico. Con ese ánimo vinculó su viejo *Mercurio Peruano* a las aulas de Lártiga. Semejante propósito lo indujo a ofrecer el local del Instituto a la Academia Peruana de la Lengua, que él presidía desde la muerte de Riva-Agüero; a la Sociedad Peruana de Filosofía, por él fundada en colaboración con Francisco Miró Quesada y a cuyas sabias sesiones incorporó a los jóvenes que ya despuntaban por su inquietud filosófica, como Alfonso Cobián Macchiavello, muerto en la primera floración de su talento; al Consorcio de Abogados Católicos; al Instituto Peruano de Cultura Hispánica; al Movimiento Familiar Cristiano.

En ese bullir de inquietudes culturales y apostólicas el maestro era el gran animador. Se había formado en Lima un público asiduo a las conferencias. Belaunde, gran conferencista, se prodigaba sin mezquindades. Le era muy difícil negarse a los requerimientos, sobre todo si se ejercían sobre él determinadas apelaciones a la causa peruanista y católica. Había intervenido en los toques finales de la restauración de la planta baja de la casona de Lártiga y en el equipamiento del Instituto. Le gustaba relatar con inocente picardía cómo "sustrajo" del Convento del Prado, en complicidad con Raúl Porras y José Agustín de la Puente, el bello lienzo del Crucificado, de imponente verticalidad jansenista, para rendirle culto en el oratorio del Instituto. Estaba unido íntimamente a esa Casa que en los veinte años finales de su vida convirtió en el centro de sus actividades limeñas, en el ideado hogar intelectual, anchuroso y hospitalario. A su sombra se plasmó allí empresas intelectuales valiosas, cuajaron vocaciones universitarias y científicas, maduraron y se fortalecieron generosos ideales peruanistas. Todo lo que del

Instituto ha surgido, en una u otra medida, tiene la impronta de su aliento y su designio. La casona de Lártiga le traía el recuerdo de sus años iniciales en Lima, en los días de su juventud estudiosa. Sin duda allí debió nacer en su ánimo la idea de escribir sus *Memorias*, género escaso en nuestras letras, y en el cual sabría narrar, sin vanagloria ni falsa modestia, la múltiple lección de su vida.

Mis recuerdos de Víctor Andrés Belaunde

José Agustín de la Puente Candamo

Antes de ingresar a la Universidad Católica conocí a Víctor Andrés Belaunde, que era amigo de mis padres, hecho que facilitó una relación más cercana en mi época de estudiante. Lo recuerdo en el ambiente gratísimo y muy modesto que vivía la Universidad en la plazuela de la Recoleta, y lo veo siempre amable, conversador, oportuno al prestar un libro o al reflexionar sobre sus últimas lecturas.

Llegaba a la Universidad en un auto *Dodge*, gris, de siete asientos, que él manejaba con plena seguridad y con audacia, pues a menudo miraba más a su vecino interlocutor.

Después de casi cuarenta años de su muerte, al lado de su calidad intelectual, de los valiosos aportes de sus libros y de sus virtudes como orador y catedrático, tienen mucha fuerza en mi ánimo las virtudes humanas, simples y sencillas, que él encarnó con naturalidad.

Fue un hombre bueno -y esto no lo digo como calificativo genérico- cordial, generoso, buen amigo. No era persona de amarguras ni de rencores; sus resentimientos no eran duraderos y se esforzaba por no ser violento con las personas con quienes había discrepado en la vida política y diplomática.

Virtud esencial en su comportamiento fue su vitalidad y su alegría. Gozaba con la vida misma, que la entendía como un don de Dios; gozaba, asimismo, con el paisaje, con la buena conversación, con la comida bien preparada, con el vino oportuno. Lo recuerdo en su casa de descanso en Chosica, cuando con el auxilio de Juan Cavazzana preparaba unas riquísimas pastas que luego consumía con entusiasmo. Cuando lo agobiaba un asunto desagradable o molesto, trataba de superar la circunstancia difícil y recuperaba el buen humor.

Profesor de *Derecho Constitucional del Perú* y de otros cursos, su contacto más cercano con los alumnos fue en los años cuarenta del siglo pasado, en una tertulia semanal que se desarrollaba los viernes al fin de la tarde, en los altos del Hospicio Manrique en la plazuela de la Recoleta. Concurrían con Belaunde, que siempre llegaba con un bizcocho, Raúl Porrás Barrenechea, Carlos Pareja Paz Soldán,



Pedro Benvenuto Murrieta, Javier Pulgar Vidal y otros profesores, que dialogaban fuera de toda formalidad con los estudiantes, que gozábamos de verdad con la elocuencia, la ironía, la erudición y las memorias de una y otra naturaleza que aparecían en la tertulia.

Fue un lector habitual y constante y comunicaba a sus amigos, con entusiasmo, los conocimientos que adquiría o la presencia de alguna u otra hipótesis. Contaba Belaunde, con la incredulidad de algunos, que sufría insomnias frecuentes, y que leía a altas horas de la madrugada a San Agustín y a Santa Teresa.

La calidad de conversador de Belaunde fue una nota central de su personalidad. Se adaptaba al interlocutor; hablaba con igual dedicación con el hombre culto que con el ignorante, con el contemporáneo que con el muchacho. Se adaptaba a uno u otro ambiente. Armando Nieto ha recordado la tertulia cotidiana en *El Patio*, un café en la calle de Lártiga, frente al Instituto Riva-Agüero. Todos los días tomábamos el té con él y era una oportunidad muy simpática en la cual se desarrollaba una verdadera tarea de enseñanza a través de la anécdota, del tema serio, de la broma. Jugaba con el lenguaje; le gustaba crear palabras, imaginaba una fonética distinta y entre broma y serio afirmaba que era más importante el singu-

lar que el plural, y los ejemplos no tenían límite. Recuerdo un debate en el Consejo Universitario, en el cual afirmó uno de sus apotegmas: *Las formas las ha hecho Dios, las fórmulas, los hombres; los formalismos, los tontos. La civilización es la ducha fría; la cultura, el queso y el vino tinto.* Como en el caso de Ramón Castilla, con anécdotas e interpretaciones curiosas -que Belaunde explicaba con regocijo-, se podría construir un estudio biográfico. Tenía una habilidad especial para entretejer en la conversación un momento serio con una afirmación alegre o una broma; su vitalidad abrumadora se expresaba en esas circunstancias.

Bien se sabe que tenía una memoria de verdad sorprendente, que le servía de apoyo a sus condiciones de orador. En lo más recóndito de su ser se hallaba la virtud de la comunicación y la transmisión, espontánea, fluida, con una fuerza grande de convencimiento.

Polemista muy vivo en la Constituyente de los años treinta; orador formal en la solemnidad de un acto académico; expositor muy claro en una y otra clase, en todas las circunstancias Belaunde dominaba a quienes lo escuchaban.

La creencia religiosa fue otra nota que definió su vida cuando a partir de los años treinta recuperó plenamente el ejercicio de su fe. Creyente muy sincero, llevaba su convencimiento religioso a la vida familiar y a la vida académica, a los debates políticos y a la conversación amistosa. Su libro *El Cristo de la fe y los cristos literarios* es un testimonio de su certidumbre.

En el Instituto Riva-Agüero, desde su fundación en 1947, trabajé como su secretario, en una relación muy cercana y cotidiana, y puedo dar testimonio de cómo fue un hombre bueno, conciliador, amigo, maestro de una y otra generación.

En sus memorias habla con detalle del ambiente familiar que vivió en su infancia en Arequipa, y en otras circunstancias. Tuvo un profundo sentido de familia que se reflejaba en muchas de sus actitudes, en sus ilusiones, en los momentos de preocupación.

Sin embargo en esta imagen en que trato de enlazar recuerdos de tantos años, no puede estar ausente el Perú, no solo como su país y su tierra, sino como memoria, como tarea presente y como meditación del futuro. Al lado de su familia y de su fe religiosa, es el Perú el gran tema de su vida. Buen conocedor de nuestra historia, incorporó a sus trabajos sobre el Perú su formación de jurista y de filósofo, estudió a nuestro país como una "persona" moral y penetró en sus características singulares. Fue un creyente y un amante del Perú y de lo peruano. En sus estudios, al defender los derechos del Perú en sus conflictos limítrofes, conjuga la visión múltiple y singular de lo nuestro. Entre sus múltiples artículos y libros sobre el tema peruano, pienso que *Peruanidad* -con un aparato crítico que habría que poner al día- es su libro fundamental en el análisis de la formación de nuestra nacionalidad y de su propia identidad.

Lo veo y lo recuerdo con su voz resonante, sus gestos muy vivos, y habitualmente alegre y con voluntad de conversación para transmitir una hipótesis, el recuerdo de una lectura o una noticia singular. En las conferencias en el Instituto Riva-Agüero, en las tertulias en su despacho, en una u otra exposición solemne, en la vereda cuando lo acompañaba a una y a otra gestión, en sus cartas desde Nueva York, siempre aparece el mismo hombre con una naturalidad desbordante y con un entusiasmo frente a la vida que lo acompañó hasta sus últimas horas en sus labores en las Naciones Unidas.

En fin, bien está que lo recordemos en nuestro medio universitario. Él, con Riva-Agüero, fue un hombre central al lado del Padre Jorge en la formación y el crecimiento de la Universidad Católica. Desempeñó todas las funciones docentes y de gobierno, aunque nunca fue rector titular, y en todos los instantes afirmó la misma idea: que la Universidad Católica expresara la presencia de la Iglesia en la vida de la inteligencia y en el servicio al Perú.

Recuerdos del maestro Belaunde

Alberto Wagner de Reyna

Es para mí una fiesta hacer surgir en la memoria la imagen de Víctor Andrés Belaunde, uno de los mentores de mi juventud -los otros fueron José de la Riva-Agüero y Honorio Delgado-, cuando estudiaba en "La Católica". Con nitidez se hacen presentes dos remembranzas del comienzo de los años 30:

En la improvisada aula magna, que compartía con el Colegio de la Recoleta, se realizaba una ceremonia académica: la Universidad recibe y confiere el doctorado *Honoris causa* a un ilustre católico extranjero de paso -¿o en visita oficial?- por Lima. Es don Miguel Cruchaga Tocornal, ministro que fue de Relaciones Exteriores de Chile, conocido, por su compostura y distinción, como "Don Palomo". Todo un acontecimiento, por lo menos para mí, que por aquel entonces era "cachimbo".

Después de unas breves y sencillas palabras del Padre Jorge, habló Belaunde, a quien aún no conocía. Un discurso por todo lo alto, por conceptuoso y elocuente. Lo que más me llamó la atención fue que al homenajeado lo llamara "Amigo Cruchaga" ...y lo tratara de "vos" una mezcla de confianza y solemnidad, que daba un relieve singular al acto.

Los discursos de don Víctor Andrés eran piezas de oratoria chispeantes de ideas, profundos y eruditos, literariamente perfectos. Y generosos. Y siempre portadores de un eco del mensaje de Cristo. Así lo demostró en el debate constitucional de aquellos años y en la tribuna de las Naciones Unidas, que tantas veces ocupó.

El segundo recuerdo que tengo de Belaunde en la Universidad Católica se refiere a él como profesor, como profesor "atípico" -como se dice ahora- en esa casa de estudios. Pocas veces asumía su cátedra y a mí me tocó ser su alumno durante un semestre. Estábamos acostumbrados a cursos magistrales de dispar calidad.

Esperábamos -dado el prestigio del docente- una serie de brillantes conferencias sobre los "antecedentes de la Independencia".



¡Cuál no sería nuestra sorpresa cuando Belaunde se presentó con un fichero! Tras una corta introducción,

nos comenzó a hablar de Campomanes y Floridablanca y sus proyectos de convertir las posesiones indianas de España en reinos bajo el dominio de príncipes borbónicos. Como si sospechásemos de la veracidad de sus palabras, recurrió a las fichas que trajo consigo y nos leyó párrafos de escritos de estos ministros de Carlos III.

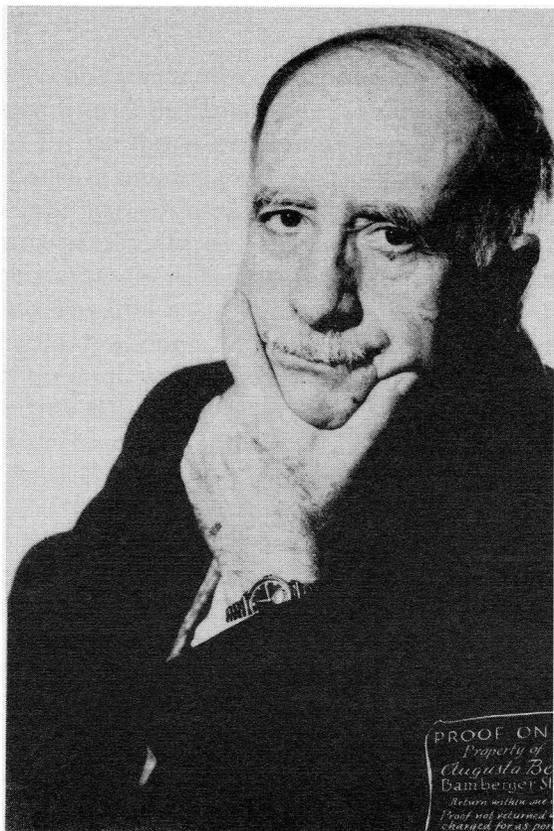
Era un mundo nuevo para mí y una manera inédita de abordar un tema. Ir primero a las fuentes (tener contacto inmediato con la realidad estudiada) y después interpretarlas, sopesar lo que dicen, y desarrollar a partir de ellas un conocimiento de su contexto histórico.

Durante su larga vinculación a la Universidad Católica -fue cercano consejero del Padre Jorge y vicerrector de ella- Belaunde supo levantar eficazmente el nivel académico de la Casa y darle personería y prestigio dentro y fuera del país. Y con su cordialidad y amplitud de criterio supo establecer una comunicación grata y fecunda con el alumnado. En los almuerzos anuales de camaradería, donde su siempre ingenioso discurso acentuaba el carácter festivo del ágape, era su figura la expresión de la juventud porfiadamente inmarcesible.

Es para mí legítimo motivo de orgullo haber sido discípulo de tan extraordinario Maestro.



Segunda parte



Víctor Andrés Belaunde, un reformador político desde la Universidad

Emilio Iván Candela Jiménez

Al decir de muchos pensadores, la política es la actividad por la cual los grupos humanos toman decisiones colectivas, es decir, se fijan y trazan los senderos por los que ha de recorrer el destino nacional; es por ello que los políticos son los que idean esos caminos que debemos seguir en vías de poder lograr las metas colectivas de toda una nación. En el Perú, donde casi siempre lo momentáneo es lo permanente, pocas personas han sido capaces de plantear estos senderos que a largo plazo traerían los frutos que hoy tanto anhelamos, y menos aún han sido los que han basado su propuesta en un análisis profundo de la sociedad. Este es el caso de Víctor Andrés Belaunde, aquel célebre arequipeño que desde sus noveles años hasta su madura vejez tuvo una gran y profunda obsesión: el Perú y su destino como nación.

Miembro de una familia de honda tradición católica y de una ilustre generación intelectual como fue la del 900, el caso de Belaunde es el de un brillante pensador y reformador, aunque esto último con un pequeño detalle: un reformador mediante la palabra; ya que él fue ante todo un gran orador que en sus discursos -sea en la cátedra o en el escaño parlamentario- dejaba totalmente en claro sus ideas utilizando de manera asombrosa el lenguaje castellano que tanto apreciaba. Pero también en sus escritos nos dejó memorables lecciones sobre cómo poder entender a este ser tan díscolo pero a la vez tan sorprendente que era el Perú; por lo que podemos decir que fue un pensador que difundió sus ideas en la tribuna y en sus escritos, dejándonos valiosas lecciones para comprender a nuestro país.

Y decimos pensador porque antes de hablar sobre algún aspecto de nuestra realidad, él planteaba un análisis profundo de los problemas que vislumbraba no cayendo en los facilismos de

explicar todo en base a las coyunturas que son pasajeras y no resuelven los grandes asuntos de cualquier nación. Víctor Andrés Belaunde, en ese sentido, será un fiel representante de una famosa fórmula que decía que la política está compuesta de ideas, y que el objetivo es llevar a la práctica, precisamente, esas ideas que pueden conducirnos a una afirmación nacional.

Esta labor reflexiva sobre el país se hará notar desde sus años de joven catedrático en la Universidad de San Marcos, casa de estudios donde empieza a enseñar a partir de 1911; pero es en 1914 cuando fue llamado a dar el discurso de apertura del año académico, y es en esa ocasión cuando presenta un excelente balance de la crisis que en esos momentos atravesaba el país (recuérdese que se había producido el golpe de Estado que derrocó a Billinghurst unos meses atrás), demostrando profundidad en el análisis y un planteamiento realista de la situación como pocos jóvenes pudieron hacerlo hasta ese momento.

Con este célebre discurso que será conocido con el nombre de *La crisis presente*, Belaunde inicia una serie de trabajos en los que desarrollará sus interpretaciones y puntos de vista sobre la delicada situación política del país que él vio agudizarse al desmoronarse el sistema instaurado en 1895 tras la revolución pierolista, y que en 1919 recibió el tiro de gracia por parte de Leguía; así publica diversos artículos en revistas y periódicos entre 1912 y 1918 que luego se reunirán en sus *Meditaciones peruanas* aparecidas en 1933, y que también sirvieron para la elaboración de su célebre libro *La realidad nacional* dado a la luz en 1930.

Pero si hay algo de común en estos trabajos es el plantear el problema nacional atendiendo a aspectos pocos conocidos y que el gran Belaunde traerá a colación al tratar de explicar la crisis política de esos años; reflexionado, por ejemplo, sobre los males psicológicos nacionales que eran la real causa de nuestro desasosiego y no otros elementos como el territorio o la raza que fueron sindicados como los factores causantes de la desintegración nacional. En Belaunde encontramos un pensamiento más integral que también toma en cuenta los aspectos morales

y espirituales y esto lo lleva a pronunciarse sobre la crisis moral que atravesábamos diciendo claramente que *...nuestra enfermedad es principalmente psíquica por la desviación de los ideales nacionales...*, es decir que no había existido una idea clara de a dónde íbamos, denotando la falta de lo que él llamará *una conciencia colectiva para todos los peruanos*.

El exilio que sufre desde 1921 lo lleva a estar fuera del país por diez años, tiempo que él utilizó para seguir insistiendo en el por qué de los problemas nacionales; y qué mejor oportunidad surgió a fines de los años veinte cuando llegó a sus manos lo que parecía ser una interpretación de la evolución del Perú en su historia y que tenía por autor a un joven periodista y escritor que preconizaba el socialismo. Eran los *Siete ensayos* de José Carlos Mariátegui, escrito que motivará a Belaunde a publicar su *Realidad nacional* en 1930, tratando de iniciar un debate que se vio truncado por la desaparición del "Amauta", y que hubiese servido enormemente a la comprensión de nuestra esencia como nación a través del enfrentamiento de las posturas que ambos defendían.

La etapa que se abre en 1930 será decisiva en la actuación política de Belaunde, sobre todo por su participación en la Asamblea Constituyente de 1931-1932, en la que hizo gala de su enorme altura como orador en los debates que se plantearon en torno a diversos temas, tanto de coyuntura política como los que demandaba el hacer la nueva constitución. Es en esos memorables discursos en los que abogará por tantos temas importantes para el devenir político y económico del país; tales como la defensa del senado funcional, el consejo económico nacional, el voto de la mujer, la independencia del Poder Judicial, la autonomía universitaria y la necesidad de que exista un centro superior que imparta una educación basada en los valores cristianos en momentos en que se veían a estos como símbolos de un pensamiento reaccionario.

Justamente por ello es de gran valor el esfuerzo que desplegó Belaunde en la Asamblea de 1931, ya que batiéndose entre dos

fuegos -la mayoría sanchecerrista y el aprismo-, llegó a ser la figura más sobresaliente de la misma con un criterio realista ante la tensa situación que atravesó el país en aquellos años; aportando ideas modernas e innovadoras como las mencionadas líneas arriba o defendiendo las inmunidades parlamentarias cuando el gobierno, basándose en el uso y abuso del poder, quiso y logró desaforar a los legisladores apristas del congreso, a lo que el maestro Belaunde se opondrá rotundamente llegando a alejarse del Parlamento en protesta por el atropello cometido. De todo esto podemos colegir que él aportó ideas constructivas en bien del país tratando de colaborar con el gobierno, pero al mismo tiempo se oponía a aprobar y justificar el uso de la fuerza tratando de neutralizar a la oposición que, vale la pena decirlo, tampoco tuvo una actuación madura ante los hechos.

Quizás no sea difícil darse cuenta que Víctor Andrés Belaunde actuó sobre todo en momentos de crisis, sea en 1915 cuando postuló a una diputación por el Partido Nacional Democrático -que fundó su amigo y compañero generacional José de la Riva-Agüero- o entre los años de 1931 y 1933; siendo el primer momento el de la crisis final de ese período conocido como la República Aristocrática y que Belaunde percibe claramente en su ya mencionado discurso de 1914 en San Marcos; y el segundo ese tiempo de agitación política tras la caída de Leguía que hace a muchos autores afirmar que se vivió una virtual guerra civil por el grado de violencia que llegó a poseer el conflicto político.

Lo concreto es que en ambos casos el preclaro arequipeño intentará llevar a la política su planteamiento del Perú como una Nación en la que se conjugan el pasado y el presente. Así, trató de plasmar esto en un Estado que sería la expresión formal de esa idea y por eso propuso reformas que debían adecuarse a nuestra idiosincrasia para dejar de lado el espíritu mimético de lo foráneo que había sido una de las causas de nuestro fracaso como República. Esta idea ya se había planteado en sus escritos de juventud cuando denunció la cultura imitativa que poseíamos, cultura que dejaba de lado la visión de nuestro ambiente que era el factor a tomar en cuenta si es que deseábamos resolver los problemas de fondo. En

otras palabras: que antes de pensar en soluciones era fundamental conocer a nuestro país en sus problemas y posibilidades, pues solo así sería posible empezar a pensar en el Perú como un proyecto a futuro.

Pero estos momentos de actuación, sea como candidato al Parlamento o ya desde su escaño, nos dan otras claves del accionar político de nuestro personaje; por ejemplo el deseo firme que tenía de regenerar y no demoler el edificio político y social sobre el que se erigía el Estado peruano; y aquí chocará con algunos elementos jóvenes en política (sobre todo apristas) que deseaban cambiarlo todo tratando de olvidar lo realizado en otros momentos y negando una realidad que Basadre definió muy bien al afirmar que *la historia ofrece muchas veces una respuesta a la cuestión de cómo se ha llegado al actual estado de cosas ... nos dice de dónde venimos y quiénes somos*, con lo cual se produjo en los años treinta un intenso debate de altura -que en la actualidad se añora en nuestro Congreso- de las distintas propuestas y diagnósticos de nuestra realidad y qué paliativos debían implementarse.

Ese modo de abordar la situación crítica del país -tratando de rescatar lo positivo del pasado- será una de las notas distintivas del maestro Belaunde. Obedeciendo, sin duda, a esta premisa (que él tanto defendió e intentó que el resto de sus compatriotas también la llegaran a entender) postuló al Perú como una síntesis viviente en la que todos los elementos constitutivos de nuestra cultura -entendida esta en un sentido amplio- pudieran integrar un *corpus* único de peruanidad, ya que era la única salida que había en una sociedad como la nuestra, tan disímil, en la que el dilema se resumía en síntesis o desintegración.

Sin duda la propuesta de Belaunde se enriqueció en los años treinta tras su vuelta al catolicismo, revelando su ideario una inspiración de la doctrina social de la Iglesia Católica que a partir de entonces tendría en el maestro arequipeño a uno de sus más enconados divulgadores. Este aspecto es importante de resaltar ya que a inicios de esos años -paralelamente a su labor parlamentaria- Belaunde fue tomando contacto con la Universidad Católica al tiem-

po que razones ideológicas y políticas lo fueron alejando de su *alma mater* convulsionada por la crisis política de ese período. En 1931 inicia sus relaciones con dicha casa de estudios al aceptar la invitación del rector, Padre Jorge Dintilhac, para dar una serie de conferencias sobre *Historia de las religiones*, empezando así una larga y fructífera relación de varios años en los que desempeñaría diversas cátedras sea en Derecho o Letras o ejerciendo algunos cargos administrativos como el decanato de la Facultad de Derecho y otros más.

Fue en la Pontificia Universidad Católica donde Belaunde encontró el terreno propicio para plasmar en hechos su ideario y su visión del Perú; ya que si bien -tal como señalamos al principio- él fue ante todo un reformador desde la tribuna, la Universidad Católica



le dio la oportunidad de poder trasladar esas profundas visiones del país a la realidad, sobre todo las relativas al problema educativo y universitario que tanto le habían preocupado como lo demuestran algunos capítulos de su *Realidad nacional* o algunos discursos que dio en el Parlamento.

Para el Tribuno la misión moral de la Universidad solo podía realizarse uniendo la misma vida universitaria con la vida nacional y planteando en las aulas los problemas esenciales del país, sea el relacionado a la población indígena o la dependencia económica del Perú; tratando que los futuros dirigentes de la nación estuvieran al tanto de los mismos en vías de resolverlos y esto solo era posible si en los claustros universitarios se debatían esos temas logrando un conocimiento de la propia realidad tal como lo deseaba Belaunde. Esto último debido a que casi siempre los hombres que habían estado al frente del Estado trasladaron ideas y esquemas europeos para aplicarlos a nuestra realidad, lo cual no había funcionado y la confirmación de todo ello era esa división tan evi-

dente que se hacía sentir entre el país legal y el país real, en la que la ley formulada y trabajada por notables juristas y hombres de Estado siempre se quedaba en la mera letra sin lograr el arraigo que debía tener en nuestra sociedad.

Es justamente para remediar eso que Belaunde dejaba en claro que en la Universidad se debían organizar seminarios para estudiar los problemas nacionales y así lograr clarificar los senderos a través de los cuales habríamos de encontrar las claves de nuestro desarrollo, y estos senderos debían tener la particularidad de adecuarse a la idiosincrasia peruana, dejando de lado los esquemas extraños a nuestra evolución. También es importante mencionar que, siguiendo la concepción belaundiana, la Universidad no podía convertirse en escenario de luchas políticas; es decir, que el principal objetivo de la institución fuera el adoctrinamiento político de los estudiantes dejando de lado la enseñanza que debía ser la misión primordial; aspecto que él notó cuando a inicios de la década del treinta la Universidad de San Marcos vivió una etapa de turbulencia política que llevó al cierre de la misma entre 1932 y 1935.

En ese sentido, él siempre manifestó que habían de estimularse y orientarse las diversas aficiones que la juventud tuviera, evitando en lo posible que la misma se desvíe hacia el proselitismo político y la maraña de intrigas que esta actividad traía consigo. Por todo ello, en ese gran plan de reformas que deseaba ver realizado en nuestro país, el lugar concedido a la Universidad era de primera importancia y justamente cuando más se estrechó la relación entre el maestro y nuestra casa de estudios, su misión fue avocarse a la consagración de una institución que obedeciera a los sagrados principios del magisterio de la Iglesia Católica y en la que se organizaran seminarios de investigación capaces de adentrarse en la realidad nacional; es decir se esforzó en contribuir con hechos concretos al renacimiento espiritual y moral de nuestra patria obedeciendo, como siempre, a los sabios ideales que pregonara en sus textos fundamentales de años anteriores. Como él mismo lo dio a entender, en última instancia la misión básica de la Universidad era la de modelar

almas en pos de la formación de profesionales con una verdadera dimensión ética teniendo siempre en cuenta a Dios y a la Patria.

Esta labor que mantuvo a Belaunde tan interesado en el desarrollo de la Universidad Católica permitió que el perfil de esta se fuera delineando y en ello fue fundamental la participación de nuestro personaje quien además de las tareas propiamente académicas que desarrolló -fomentando los seminarios de investigación y desarrollando sus propias cátedras- se dedicó a la defensa de la autonomía universitaria en el Parlamento logrando así que se reconociera a la institución con derechos propios y que el Estado le concediera absoluta autonomía docente y administrativa. En este lugar donde, a decir de Belaunde, debían confluír la fe y el conocimiento en un diálogo profundo y enriquecedor; el Maestro se consagró a una de sus más notables obras la cual existe hasta el día de hoy: el Instituto Riva-Agüero.

Fue este centro de altos estudios el gran anhelo de Belaunde que deseaba, a la par que rendir un homenaje al gran intelectual y mejor amigo que fue el Marqués de Montealegre y Aulestia, ver en marcha un centro de estudios en el que se pudieran llevar a cabo los seminarios de peruanidad que servirían para el análisis de los problemas nacionales teniendo como base el pasado de nuestra nación. Allí es donde desarrollaría varias ideas que hoy son instrumentos valiosos para comprender nuestra evolución; como la síntesis viviente, esa bella frase que sintetiza y hace más claro cómo somos el resultado de varias influencias culturales que deben ser valoradas por igual, no dando lugar a interpretaciones parciales y erróneas de nuestra identidad que es ante todo la de una nación mestiza en la que han confluído razas y culturas distintas; y donde el tratar de relegar a una de ellas, sería, siguiendo a Riva-Agüero *cortar la raíz fingiendo cultivar la planta*.

Decíamos al inicio de este ensayo que en política el objetivo es llevar a la *praxis* las ideas que tenemos esbozadas para lograr alcanzar los objetivos como país que todo pueblo debe tener, proceso que el Perú no ha seguido muchas veces por la falta de visión y

reflexión de su clase dirigente que pasa la mayor parte del tiempo haciendo esfuerzos por salir airoso en el conflicto político pasajero, sin lograr sentar las bases sólidas del desarrollo material y espiritual de la patria. Frente a tamaña irresponsabilidad, se yergue inmensa la figura de Víctor Andrés Belaunde que en la tribuna parlamentaria, en la cátedra universitaria, la Historia y la Filosofía y en sus obras -de gran profundidad y reflexión- nos dejó un plan de país que es lo que pocos se han atrevido a formular y lo hizo obedeciendo los principios que él mismo cultivó y que defendió hasta el día de su muerte.

A diferencia de otros preclaros pensadores peruanos como Mariátegui y Haya de la Torre quienes además de plantear un rumbo para el Perú fundaron organizaciones partidarias; el caso de Belaunde no fue el mismo ya que él no participó en ningún partido, sino más bien se involucró en la Universidad Católica para poder desarrollar los puntos que había consignado como esenciales para el país. Así puede decirse que nuestra casa de estudios fue el refugio en el que el maestro pudo expandir su planteamiento sobre la realidad nacional centrándose en los aspectos referidos a la Universidad y a la educación, es decir fue el lugar donde se llevaron a la práctica sus ideas políticas.

Entonces ya no podemos decir que fue solo un reformador político desde la tribuna, porque dejó una obra concreta, que subsiste hasta el día de hoy y que es una herencia recibida por las nuevas generaciones cuya misión es mantenerla en pie y hacerla cada vez más grande para el bien del país. Esta obra tenía un problema de fondo que no era político, ni económico, sino humano; pues como bien lo decía el maestro: *El problema se reduce, en síntesis, a modelar almas, a crear espíritus*, es decir que ningún cambio institucional o económico podía funcionar si antes no tratábamos de mejorar la calidad moral y ética de las personas, porque éstas son las que finalmente toman las decisiones y fijan los rumbos que los pueblos adoptan.

Quizás ello hizo que Belaunde tuviera especial atención en dedicarse a la enseñanza, a la par que realizaba otras actividades como la diplomacia porque sabía que la clave estaba en la for-

mación del material humano con el que la nación -ese proyecto sugestivo de vida en común como lo definió Ortega y Gasset- debía contar en tiempos no muy lejanos; y la Universidad Católica fue justamente el instrumento que sirvió para que se pudiera llevar a cabo tarea tan importante, llegando a ejercer ese privilegio por varios años en los que se sentaron las bases de lo que hoy es nuestra Universidad. Por eso solo nos queda agradecer a Belaunde por su dedicación y tesón en modelar almas para el engrandecimiento del país, que fue a fin de cuentas su gran obsesión, y por escoger a nuestra casa de estudios como el lugar donde pudo realizar muchos de sus anhelos.

Idealismo y realidad. La labor diplomática de Víctor Andrés Belaunde

Gonzalo Carrillo Ureta

El perfecto diplomático debe pensar
como filósofo, callar como sacerdote,
hablar como político y actuar como
hombre de estado.

Víctor Andrés Belaunde

Víctor Andrés Belaunde, magistral ensayista y estudioso de la realidad peruana, maestro inigualable al decir de muchos de sus alumnos y oyentes, alcanzó un merecido reconocimiento internacional merced a su destacada labor diplomática, como ardoroso defensor de los intereses del Perú en un primer momento, y luego como uno de los autores intelectuales del nacimiento y consolidación de la Organización de las Naciones Unidas. Hombre sin estrella política, la diplomacia fue el instrumento que permitiría a Belaunde alternar entre la apacible y meditada labor del intelectual de gabinete y el activismo encendido del idealista comprometido.

La relación de Víctor Andrés Belaunde con la diplomacia se inició tempranamente. Llegó a Lima desde su natal Arequipa en 1901 para continuar sus estudios de jurisprudencia en la universidad de San Marcos, y ya en 1903, con 22 años de edad y siendo aún estudiante universitario, ocupó una plaza de auxiliar en el Archivo de Límites del Ministerio de Relaciones Exteriores. Belaunde recordaría años después, en sus memorias, el carácter algo fortuito de su incorporación al mundo diplomático: aceptó intercambiar con José Varela el puesto que le correspondía a éste como auxiliar en Relaciones Exteriores con el suyo de docente en la Escuela Naval. Comentaba al respecto de tan crucial suceso: *De este modo inicié la carrera fundamental de mi vida, que ha sido la diplomacia en su aspecto jurídico y técnico.*

Desde su ingreso a la diplomacia, correspondió a Belaunde colaborar en todas las negociaciones de límites que el Perú entabló con sus vecinos. Ingresó al Archivo de Límites en los años en que se debatía el arbitraje con Bolivia y los diferendos sobre límites con Brasil. Justamente en 1903, el Perú firmaba con Bolivia un tratado de arbitraje para dirimir sus problemas de límites, en que se designaba al Presidente de Argentina como árbitro. Belaunde tuvo la oportunidad de trabajar a las órdenes de Víctor Maúrtua, brillante aunque controvertido abogado y diplomático peruano, a cuyo cargo estuvo representar al Perú en el laudo argentino. Ahí le fue encomendado al joven ayudante preparar la documentación que acompañaría el alegato peruano, así como el estudio de la cartografía histórica que aclarara el diferendo limítrofe, llegando a conclusiones favorables para el Perú. Posteriormente Maúrtua y Belaunde viajarían a España para completar la documentación e imprimir un impresionante alegato peruano de 18 volúmenes, que sería presentado exitosamente en Buenos Aires en 1906.

Su competente actuación en el arbitraje con Bolivia ameritó que Víctor Andrés Belaunde fuera llamado en 1907, por recomendación del entonces canciller Solón Polo, a ocupar la jefatura del Archivo de Límites, cargo que había vacado por el nombramiento de Carlos Larrabure y Unanue como Director de Fomento. Como jefe del Archivo, participó en los arreglos finales de la demarcación de la frontera boliviana, logrando del gobierno boliviano la aceptación del laudo favorable al Perú y un estratégico canje de territorios. Se produjo también en este período las negociaciones de límites con Brasil, resultando de ellas el Tratado de Petrópolis de 1909, que fijaba una línea de frontera que incorporaba al Perú los territorios neutralizados por el *modus vivendi* de 1904. Años después, entre 1933 y 1934, Belaunde sería miembro de la comitiva peruana en la Conferencia de Río de Janeiro, en donde se trató de reparar el daño causado al Perú con el tratado Salomón-Lozano, que entregaba a Colombia el Trapecio de Leticia. Al año siguiente sería nombrado Plenipotenciario en Colombia para conseguir del Congreso colombiano la aprobación del Protocolo de Río de Janeiro. Así mismo, entre 1936 y 1938 participaría en las negociaciones con el Ecuador en Washington, en donde a pesar de lo improductivo del

diálogo el Perú logró mantenerse firme frente a las reivindicaciones territoriales ecuatorianas, gracias a la irrefutable tesis belaundiana de la constitución inicial de los Estados americanos durante la independencia.

La labor de Belaunde documentando y preparando los alegatos peruanos de límites lo enfrentó desde un inicio *a la realidad peruana en su doble aspecto de trasfondo histórico y de urgente función territorial*, haciéndole forzoso conocer a profundidad la geografía y la estructura histórica del Perú para establecer claramente sus derechos territoriales. Su pluma dio a la luz tratados aclaratorios de la problemática limítrofe del Perú, esenciales por su calidad técnica y jurídica, pero no por ello exentos de *una sincera emoción nacionalista*. En primer lugar, publicó *La cuestión de límites peruano-boliviano ante el árbitro argentino*, obra que resumió didácticamente la postura peruana sobre sus límites con Bolivia, tanto a la opinión pública nacional como al comité arbitral argentino; luego aparecerían en 1919 *Nuestra cuestión con Chile y Documento esenciales del debate peruano-chileno*, escritos como refutación al *Libro Rojo* del internacionalista chileno Damián Álvarez, que sostenía la inverosímil tesis de que el plebiscito sobre Tacna y Arica no fue sino un acuerdo encubierto de cesión territorial; y finalmente *La constitución inicial frente al derecho internacional*, escrita como contraprueba a la *Memoria* que presentó la delegación ecuatoriana en Washington. Esta última obra fue el primer y único volumen de una colección trunca sobre la vida internacional del Perú y sus problemas de fronteras.

A su vez, este *patriotismo funcional* como él lo llamaba, proporcionó a Belaunde el deseo y las bases para abordar el análisis de la problemática sociocultural peruana, ahondando en *las esencias del Perú a través de los más remotos precedentes históricos*. Surgirían de este interés obras como su temprana *El Perú Antiguo y los modernos sociólogos*, *Los mitos amazónicos y el Imperio Incaico*, o sus posteriores grandes interpretaciones: *La Realidad Nacional*, *Peruanidad* o *La síntesis viviente*. Obras en donde la fusión de la tierra, el pasado histórico de Incas y Virreyes, la cultura hispana y la indígena se realizaba de forma constante pero siempre inacabada

en la sociedad presente, como ese algo nuevo y mestizo que él llamaba Peruanidad.

La brillante labor de Belaunde como abogado del Perú en defensa de su integridad territorial no lo convirtió sin embargo en un burócrata del cuerpo diplomático al servicio del gobierno de turno. Su actuación fue ante todo una actuación principista, y en más de una oportunidad lo llevó a alejarse de la labor oficial cuando las condiciones políticas se presentaban reñidas con las pautas de vida democrática. Así, en 1911 renunció al Archivo de Límites en muestra de solidaridad con su amigo José de la Riva-Agüero, quien fue encarcelado tras escribir una carta en favor de la amnistía a los detenidos tras el fallido golpe de Estado contra el gobierno de Leguía, y en respaldo además a los estudiantes universitarios que al marchar exigiendo la liberación del detenido fueron reprimidos violentamente por las fuerzas del orden. Durante la década de 1910 se mantuvo alejado de la actividad diplomática, en concordancia con su oposición al gobierno civilista, teniendo solo breves participaciones en la diplomacia peruana, como Encargado de Negocios en Alemania en 1914 -aunque solo unos meses, pues no tardó en estallar la guerra en Europa- o en Bolivia durante 1915. En 1919, salvando diferencias personales y políticas con el presidente Pardo, fue nombrado Ministro Plenipotenciario en Uruguay con el fin de generar un ambiente favorable al Perú en el debate que se acercaba con Chile por la situación del plebiscito en Tacna y Arica; pero el golpe de estado dado por Leguía ese mismo año, dando inicio al famoso Oncenio, lo apartó totalmente de la actividad diplomática y del Perú, sufriendo el destierro por el resto de la década de 1920.

Su temporal alejamiento de la actividad diplomática llevó a Belaunde a retomar la que era su otra gran vocación, la docencia universitaria, encargándose del curso de *Historia de la Filosofía Moderna* en la Universidad de San Marcos hasta 1918. Se le presentó entonces la posibilidad de aplicar en la cátedra la experiencia adquirida en sus años al frente del Archivo de Límites: *El año 1913 el doctor Ribeyro, decano de Facultad de Ciencias Políticas, me llamó para que yo dictara su curso de Derecho Internacional [...] Mi ingreso a*

la Facultad de Ciencias Políticas me permitía estudiar aspectos teóricos de la ciencia que en sus aplicaciones concretas venía practicando desde hacía diez años. En dicho curso impartiría aquellas nociones jurídicas que consideraba el aporte fundamental de América y el Perú al derecho internacional: *doctrina Monroe, no intervención, doctrina Drago, Congresos de Lima, sin llegar a la infantil tesis de Álvarez, de la existencia de un derecho americano. Puse todo empeño en exaltar la contribución del Perú en las materias de la propia determinación, la no intervención, en la solidaridad continental y en el arbitraje. Mi tesis era que ningún país de América había trabajado más que el Perú por esas instituciones. Un legado jurídico que se remontaba a la independencia americana, con antecedentes claros en el Tratado de Panamá de 1826 y en los Congresos Americanos de Lima de 1847 y 1864, donde se definió embrionariamente la solidaridad americana ante agresiones externas y el principio de no intervención.*

La proclamación de estos principios no quedaría circunscrita a las aulas: si representando al Perú, Belaunde había dado muestras ya de su vocación pacifista y conciliadora, buscando salidas jurídicas que evitaran confrontaciones; en los foros panamericano y mundial se convirtió en ardiente defensor de la paz, justicia y solidaridad, pero con respeto a la autonomía y la libre determinación de los Estados. Combinar solidaridad y autonomía en las relaciones internacionales, sin caer en intervenciones que coartaran la libertad y personalidad de cada Estado, se convirtió en el principal aporte del jurista peruano a la concreción de una unión americana viable. En la Conferencia Panamericana de Lima en 1938 -*ad portas* de iniciarse la segunda guerra mundial-, la propuesta norteamericana de establecer no solo una solidaridad efectiva entre las naciones americanas frente a todo ataque exterior, sino además una defensa cerrada contra toda infiltración de ideologías ajenas a las instituciones democráticas americanas, encontró trabas en la postura argentina de aceptar la existencia de dicha solidaridad, pero sin definirla en términos de un pacto con obligaciones concretas. Cupo al Perú, a través de la calificada opinión de Belaunde, encontrar un punto medio satisfactorio: la solidaridad americana no podía basarse en una comunidad de instituciones, sino tan solo en una coincidencia de soberanías, extraña a todo proselitismo ideológico

que solo *perturbaría la coincidencia de soberanías, entrabando y limitando la libertad de acción de cada país para darse las instituciones que más le convengan, y abriría las puertas a un intervencionismo institucional que lejos de unir a los pueblos de América establecería entre ellos las profundas divisiones creadas por la crisis de la cultura contemporánea y su trágica dispersión ideológica.* La Declaración de Lima de 1938 estableció así un principio de orden internacional basado en el respeto a la soberanía e independencia de los Estados, a su derecho de conservar su fisonomía cultural y de darse las instituciones que mejor correspondan a ellas.

Los principios básicos que definían la solidaridad americana se verían plasmados en 1947, en el Tratado de Asistencia Recíproca, que aseguraba la defensa del continente americano sin merma para la autonomía de los países signatarios. Víctor Andrés Belaunde estuvo presente en su firma en Río de Janeiro. Ahí, por su propia iniciativa, se introdujo la figura de la Consulta Pacificadora para el caso de conflictos entre dos Estados signatarios: los Estados firmantes se reunirían para hacer un llamamiento a los países beligerantes a suspender las hostilidades, retornar a la situación anterior a éstas y buscar medios pacíficos para solucionar sus diferencias. Estos puntos fueron confirmados y ampliados en las conferencias panamericanas de Bogotá en 1948 y Caracas en 1954, quedando incluidos en la Carta que en 1948 transformó a la Unión Panamericana en la actual Organización de Estados Americanos.

Si el foro americano presenció el brillo de la figura del gran jurista peruano, fue en el escenario de las Naciones Unidas en donde Víctor Andrés Belaunde dejaría en alto el prestigio de la diplomacia peruana y del Perú como país idealista y amante de la paz. En 1945, Belaunde fue designado por el presidente Prado para representar al Perú en la crucial reunión de San Francisco. Sostendría ahí nuevamente los principios jurídicos que habían carac-



terizado la tradición de Hispanoamérica, valga decir los de solidaridad y no intervención. Junto con la delegación peruana, mostró su oposición al derecho a veto de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, y se afirmó en el derecho a la independencia de los países aún bajo el régimen colonial y en la protección a los derechos humanos.

Desde 1949 hasta su fallecimiento en 1966, Víctor Andrés Belaunde presidió la delegación del Perú ante las Naciones Unidas. Los regímenes que se sucedieron no dudaron en renovar su confianza en la larga experiencia del Maestro. En esos años Belaunde se mostraría como un incansable luchador por la consolidación de la Organización, por el fortalecimiento de la Asamblea General, que como gran foro de la humanidad debía ser un órgano decisorio y no solo consultivo, por la limitación a los abusos causados por el derecho a veto de las grandes potencias, entre otras grandes problemáticas en una Organización polarizada por la Guerra Fría. Una polarización que tornó difícil la ampliación de la membresía de la ONU a nuevas naciones, dado el cálculo político que suponía a las grandes potencias permitir o entorpecer su ingreso en tanto fueran favorables a sus causas particulares. Frente a ello, las delegaciones latinoamericanas, y especialmente la delegación peruana con su presidente, Víctor Andrés Belaunde, fueron impulsoras incansables de la universalidad de la ONU, logrando en 1953, tras cinco años de ardua labor, el ingreso de 18 países, entre los cuales se contaban Portugal, Italia, España, Japón y los países de Europa Oriental.

Entre 1955 y 1956, años en que correspondió al Perú integrar el Consejo de Seguridad, Belaunde dio muestras de su auténtica vocación por la paz: fue enfático en su condena a la intervención de la Unión Soviética y China en la guerra de Corea, pero lo fue más condenando el fenómeno mismo de la guerra como azote de la humanidad. Advirtió acerca del error de confiar aún, pese a la amenaza nuclear, en la utilidad de los conflictos bélicos: *Nuevos medios de ataque y planes de movilización relámpago, alientan por desgracia la aventura guerrera que se hace total, borrándose la diferencia entre vencedores y vencidos. No caben guerras de primacías ni consolidaciones de predominio.* Una guerra sin vencidos ni vencedores,

fruto de un siempre latente holocausto nuclear, que debía ser detenida a cualquier costo, no bastando en opinión de Belaunde una prohibición nuclear total sin su contrapartida en un control eficaz. Y aunque fue un animado propulsor de las fuerzas de pacificación multinacionales, no perdió nunca la confianza en la fuerza de las ideas: *Tenemos sólo en nuestras manos las luminosas y a veces frías fórmulas jurídicas y los recursos limitados de la diplomacia. A pesar de todo, mantengamos nuestra fe por encima de los obstáculos, en medio de la incertidumbre y el desaliento. Las Naciones Unidas, que constituye las esperanza de nuestra civilización, cumplirá su deber.*

Reconocimiento a su larga e intachable trayectoria dentro del organismo internacional, en 1959 Belaunde fue elegido por unanimidad para ocupar la Presidencia de la Asamblea General de la ONU: recibió 81 votos con la sola y comprensible abstención del voto peruano, es decir de su propio voto en tanto presidente de la delegación del Perú. Cerró su discurso de agradecimiento por la elección con las siguientes palabras: *Las pasadas centurias vivieron bajo el falso y presuntuoso signo de la llamada Voluntad de Justicia. Quiera Dios que esta Asamblea pueda pasar a la Historia como la Asamblea de la Paz.* Y coincidentemente, el año que tocó a Belaunde presidir la Asamblea no se vio alterado por conflagraciones de importancia. Aunque sí hubo acontecimientos que resaltar, como la visita del Primer Ministro soviético Nikita Krushev a los Estados Unidos. Su mandato en la Asamblea fue un periodo sin sobresaltos, desarrollado en la atmósfera democrática y ponderada que emanaba de la autoridad de un Presidente respetado y admirado hasta por sus más acérrimos adversarios. Tal fue el caso del gran diplomático ruso Vishinsky, tradicional rival de Belaunde, con quien sostenía habitualmente arduas discusiones en la Asamblea, pero que sin embargo le expresaba un profundo respeto y solía decirle en los pasillos luego de las sesiones: *always fighting but always friends.*

Finalizada su presidencia en la Asamblea, el Maestro seguiría representando al Perú en las Naciones Unidas otros siete años más. En diciembre de 1965, un año antes de su fallecimiento, se lograba gracias a su iniciativa el desarrollo del texto y la aprobación de una Declaración que condenaba la intervención de cualquier Estado en

los asuntos internos o externos de otro. Se garantizaba así la sustitución del frágil equilibrio de fuerzas entre las naciones por un sistema jurídico estable que amparara a fuertes y débiles por igual. Al año siguiente, un 14 de diciembre, Víctor Andrés Belaunde fallecía. Ese mismo día, horas antes, había pronunciado ante el Comité Político Especial de la Asamblea el que fue su último discurso, fustigando a las grandes potencias del Consejo de Seguridad por monopolizar el manejo de la política mundial y de la propia Asamblea General. Terminaba así sus días, el abogado de la universalidad, de la soberanía de las naciones, de su máxima expresión conjunta: la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Durante su larga gestión en las Naciones Unidas, Víctor Andrés Belaunde siguió ligado por vocación docente y comunidad de ideales a la Universidad Católica del Perú, casa de estudios que se convirtió en su auténtico hogar intelectual. Todos esos años, en los meses en que se paralizaba las reuniones de la Asamblea General, el Belaunde diplomático volvía a enfundarse en su traje de catedrático, maestro de Peruanidad. Fue Decano de la Facultad de Derecho (1943-1947), Vicerrector, Rector *pro tempore* (1946-1947) tras el fallecimiento del Rector y fundador de la universidad, P. Dintilhac, y Rector *emérito* (1965). Fundó y dirigió el Instituto Riva-Agüero, centro de investigación humanista creado en memoria de su fallecido colega y amigo. Fidel Tubino Mongilardi, Rector de la Universidad Católica, en un discurso en honor al entonces recién designado Presidente de la Asamblea General de la ONU, supo resumir en pocas palabras su doble e indivisible apostolado en la cátedra y en la tribuna de las Naciones Unidas:

Pensar, enseñar y al mismo actuar, luchar por que sea una realidad la idea vertida en la escuela, defender el bien común mediante el conocimiento adquirido en el estudio y en la reflexión universitaria frente a los sofismas de la parcialidad o el acomodo de los intereses. [...] Nosotros, los que creemos en la fuerza de las ideas y consideramos misión del maestro, inculcar en la generación futura la obligación de ser hacedores de las palabras de justicia, de bien social y de amor universal que vertimos en las aulas, vemos en Belaunde el prototipo y heraldo de ideas

auténticamente universitarias llevadas a la aplicación en el campo de la vida.

Hoy que la Pontificia Universidad Católica del Perú ha asumido un serio compromiso con la propagación de los valores inherentes a una Cultura de Paz, traer a colación el nombre de Víctor Andrés Belaunde es algo inevitable. Cualquier reconocimiento a una de las figuras superlativas de esta casa de estudios no puede pasar por alto la convicción indeclinable de aquel que supo traducir sus ideales de paz, justicia y tolerancia en acciones concretas en beneficio del mundo. En ese sentido, aquellas palabras de reconocimiento que pronunciara allá en 1960 el Padre Tubino, en nombre de la comunidad de maestros y alumnos de la Universidad Católica, cobran vigencia: *Si una institución vale por los ideales que propugna, recibe su gloria de los hombres que dentro de ella los sirven. Hoy toca reconocer que el Dr. Víctor Andrés Belaunde es una de las glorias de la Universidad Católica del Perú.*

Víctor Andrés Belaunde y la síntesis viviente

Joseph Dager Alva

En 1942, don Víctor Andrés publicaba *Peruanidad*, texto magistral y emblemático en la reflexión acerca de los elementos integrantes de nuestra identidad. Si bien la importancia de aquel ensayo se hizo patente desde su publicación, no es menos cierto que, a medida que transcurrieron los años, el valor del mismo ha ido acrecentándose.

En efecto, podemos afirmar que el principal mérito de *Peruanidad* sea tal vez su condición visionaria acerca de la realidad esencial del Perú. Y es que hace sesenta años a no pocos intelectuales les parecía indefendible la propuesta de Belaunde respecto de que en el Perú no primaban exclusivamente ni los valores hispánicos ni los valores indígenas, sino que la peruanidad era una nueva realidad resultado de la fusión de diversas tradiciones culturales. Belaunde promovía una integración uninacional, asumiendo que la nación estaba compuesta por tradiciones pluriculturales. Leamos sus propias palabras: *No concebimos oposición entre hispanismo e indigenismo. Ello sería un juego artificioso y protervo. Los peruanistas somos hispanistas e indigenistas al mismo tiempo. Disminuir la hispanidad o el incario es disminuir la peruanidad.*

En esa línea apuntaba otra de las conocidas reflexiones de nuestro autor, según la cual no hay postura más racista que aquella que pretende tratar a los indígenas como entes aparte de la nación por el hecho de ser indígenas, pues con ello se estaría olvidando el ingrediente cultural, ensalzando únicamente el étnico. Esta concepción fue interpretada por más de uno como una ideología hispanista. Pero, los años no han pasado en vano y hoy, en pleno siglo XXI, es muy raro el científico social que pretenda negar la validez del mensaje de aquella teoría del mestizaje, que tal vez fue mal entendido en su momento. Más

aún, Belaunde en esta convicción ha tenido seguidores de gran talla como, por ejemplo, el doctor José Agustín de la Puente Candamo, Maestro de generaciones de humanistas que apuestan por la realidad mestiza del Perú; o el doctor José Antonio del Busto Duthurburu, quien ha suscrito varios importantes ensayos revelándonos cuán mestizo es aquello que llamamos cultura peruana.



Así, pues, el planteamiento central de *Peruanidad*, que mantiene plena vigencia, es que debemos entender al Perú como una síntesis viviente. Es decir, nuestra cultura es el resultado no solo de una yuxtaposición o cruce, sino de una síntesis, que como tal integra y cohesiona los diversos elementos (espirituales, culturales y materiales) que la componen. Además es viviente porque el dinamismo es su nota característica, el ingrediente espiritual que le otorga un valor plenamente creador.

Ahora bien, cuando Belaunde publica en 1950 *La síntesis viviente*, tiene mayores pretensiones, es decir quiere extender de modo global sus postulados y aplicarlos a fenómenos como el nacionalismo, la cultura hispánica, la cultura en general, la deshumanización. Su propuesta es que el fenómeno humano llamado cultura puede definirse como una síntesis viviente. En otras palabras, no solo la peruanidad es síntesis viviente, ni tampoco únicamente la nacionalidad, sino que todo fenómeno cultural es el resultado de una integración dinámica de los elementos que lo componen.

Y ello se cumple, aunque esa cultura sea producto de una imposición, aunque en ella existan elementos "asumentes" y otros "asumidos", pues en las síntesis vivientes los elementos asumi-

dos no pierden su esencia, sino que adquieren nueva vida al ser animados por el elemento asumente. Finalmente, en las síntesis vivientes, según Belaunde, son los valores espirituales los que tienen la primacía, son los que dan forma a los otros factores como podrían ser la herencia, el medio, la economía, el contexto histórico. Quién mejor que el Maestro para abundar en la explicación:

Los valores espirituales asumen y transforman los elementos que constituyen la corporeidad de una nación (...) [los que] quedan penetrados y transidos por los mismos principios e ideales. Estos realizan penosamente a través del tiempo una obra de inspiración, de impregnación y de asunción. Tal función asuntiva explica los fenómenos de transculturación.

Así, en aquel ensayo vemos no solo al docto historiador, sino al filósofo comprensivo. Estamos enfrente de un filósofo de la cultura omniabarcante que, pese a ello, usa toda su minuciosa erudición para explicar fenómenos universales. Pero, sin duda y antes que nada, está el hombre de fe, aquel que se encuentra convencido de que la evolución de la cultura se debe fundamentalmente a los valores espirituales.

Idea general del segundo Mercurio Peruano

Jose Carlos de la Puente Luna

Se nos concederá que el Perú no es un país que se haya caracterizado por cobijar proyectos de largo aliento, aspiración a la que los peruanos de ayer y hoy no parecemos ser especialmente afectos. Mantener un presidente, una constitución, un lineamiento político o económico, una idea, una revista, en fin, un sueño colectivo, son empresas que desafían la capacidad de los hijos más ilustres que ha tenido el país de los incas. Y esto porque, entre otras causas, más allá de las apariencias y de algunas asociaciones en realidad simplistas entre un pasado inventado y un presente que marcha a duras penas, la mayoría de proyectos que ansían no tener solución de continuidad se estrellan con el hecho de que los derroteros históricos que soportan la identidad nacional no han sido trazados aún con mano diestra ni línea clara. Quizás por esto muchas generaciones de intelectuales se han visto asechadas y acorraladas por la pregunta reiterada y la respuesta inconclusa: qué es el Perú. Pocas, en cambio, han buscado entroncarse por decisión propia con aquellas que las precedieron en la tarea de responder a la interrogante. Lo escribieron los fundadores del segundo *Mercurio Peruano* en las páginas iniciales de su primer número: *Discontinuidad é incoherencia son los graves defectos de nuestra sicología colectiva. Solo vieron una alternativa: salvar la tradición tristemente interrumpida: Deseamos seguir ahondando en el suelo patrio, penetrar en los secretos de nuestra vida pasada, plantear nuestros problemas desde el difícil y único punto de vista para contemplarlos, que es el punto de vista propio.* Y por eso, cuando se propusieron fundar una publicación de ciencias sociales y letras -así la llamaron- que heredara los esfuerzos colectivos de intelectuales peruanos que vivieron en los siglos precedentes, decidieron no solo crear una revista sino retomar una idea general del Perú y, de paso, derrotar a la apatía (tan nuestra) que quiere sabotear todo intento de continuidad.

Era 1915, cuando las potencias mundiales se enfrascaban en una guerra sin precedentes y Teodomiro Gutiérrez Cuevas, *Rumi Maqui*, se alzaba en armas en los Andes del Perú, Víctor Andrés Belaunde regresaba de su misión como encargado de negocios en Bolivia, luego de que fracasara su elección sucesiva como diputado por Arequipa y por Castilla. Tal como él mismo lo recordaba, fue entonces cuando decidió retomar la vieja idea, postergada por más de una década: dar nueva vida al *Mercurio* dieciochesco, aquel de la Sociedad Académica de Amantes del País. Al año siguiente, instalado ya en la casa de la calle de Juan Pablo -que así se llamaba también en tiempos del primer *Mercurio*-, convocó a sus amigos y discípulos: Daniel Olaechea, Carlos Arana, José de la Riva-Agüero y Leonidas Madueño. Se les sumó la hornada universitaria vinculada a ellos por relaciones de amistad y parentesco, así como por una comunidad de ideas e influencias forjada en las aulas. En sus *Memorias*, Belaunde evocó a Mariano Iberico, Francisco Moreyra Paz-Soldán y Alberto Ureta, a quienes se añadirían luego Guillermo Salinas, Cristóbal de Losada, Carlos Wiese, Carlos Ledgard y Antonio Pinilla.

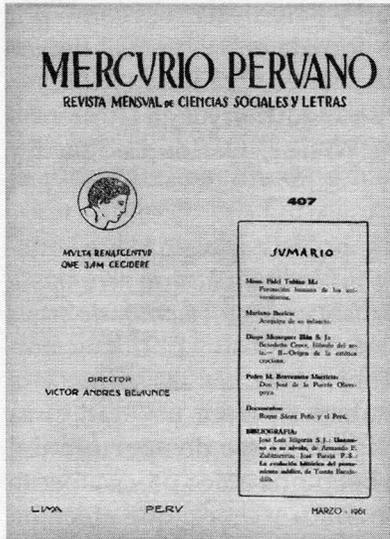
Los convocados buscaban crear un órgano de expresión que satisficiera el propósito de *cultivar, mejorar y difundir un ideario peruanista y al mismo tiempo de afirmación espiritualista en los momentos de crisis que se aproximaban*, pues sentían que los manifiestos políticos, *ocasionales y efímeros*, los discursos oportunistas de ese momento y la labor discontinua de la prensa resultaban de poca utilidad para concretar dicho anhelo. En su ya clásico discurso de apertura del año académico de 1914 en San Marcos, Belaunde atacó precisamente el problema de esa crisis política, económica y moral que afectaba a su país, y sancionó que el alma nacional era débil *porque no queremos a la tierra, ni tenemos el culto de los muertos. Marchamos distraídos y solos. Somos desarraigados*. Para robustecerla, reclamó el estudio de la geografía y de la historia política y económica del Perú. Geografía, historia, economía y política... reflexionamos nosotros. O, quizás haciendo un esfuerzo de traducción retrospectiva, las fronteras naturales, los Andes, las lagunas, los desiertos y los valles; los españoles, los negros, los indios y sus "mezclas"; la riqueza natural del país y la rebeldía del mismo a ser encasillado en las

teorías europeas en boga, como se anunciaba en la famosa *Idea general del Perú* del *Mercurio* del siglo XVIII. Eran también, en gran medida, las intenciones de la revista que Belaunde se proponía fundar, una "segunda época" para el *Mercurio Peruano*, un puente entre 1791 y 1915.

En un nivel profundo, la comunión con el pasado era para los mercuriales en torno a Belaunde una muestra de simultánea orientación espiritual, que él mismo se encargó de definir como un *tradicionalismo dinámico y progresista* que escondía el anhelo de fundar cualquier reforma o mejora nacional sin necesidad de *renegar de nuestro pasado y evocando de nuestra herencia no solo el*

aspecto negativo de nuestros defectos y fracasos sino el aspecto positivo, ideales no realizados y anhelos de superación que, supérstite, entrañaban por sí mismos una base espiritual para la obra futura. El punto de partida era para Belaunde, y así lo expresó en *La crisis presente*, una nacionalidad que no estaba formada todavía pero que a la vez requería de protección contra las "utopías imitativas", las tendencias hacia la disociación y los intereses de fracción. Por eso, el ideal nacionalista no debía perseguir el perfeccionamiento, la reacción o la violencia, sino más bien la *existencia y [la] conservación: tiene que ser tradicionalismo evolutivo, de concentración y de vitalización.*

A caballo entre lo tradicional y lo moderno, la carátula de la recién fundada revista encarnaba esta idea. El diseño fue encargado a Augusto Madueño (hermano de Leonidas, uno de los fundadores). El lema que adornaba la misma, *MULTA RENASCENTUR QUÆ JAM CECIDERE*, respondía a la autoría de Horacio y fue tomado en préstamo de las propias páginas del *Mercurio* del siglo XVIII. Belaunde evaluó



el resultado visual de la nueva fachada como un diseño elegante y sobrio, una *mezcla de arcaísmo y novedad, tal como correspondía a nuestro concepto evolutivo de la vida*. Primera conexión.

En adición a los creadores del primer *Mercurio*, y fieles al culto de los muertos que Belaunde reclamara, los mercuriales del XX se hicieron expresamente de otros antepasados para su nueva publicación. Además de la iniciativa de los que en el XVIII condensaron en su publicación *los primeros latidos de nuestra alma colectiva*, el primer número del *Mercurio* segundo celebró la voluntad de la *Revista de Lima*, de mediados del siglo XIX, de concentrarse en los asuntos del país. También, alabó la vocación nacionalista de Mariano Felipe Paz-Soldán y su *Revista Peruana*, así como la fuerza intelectual de la *Revista del Ateneo* en su primera y en ese momento cercana época, de 1886 a 1890. De todos ellos, se proclamó continuador. Y quizás por ello valga la pena recordar cómo Paz-Soldán, aquel polígrafo decimonónico poco mentado que en su lecho de muerte pidiera a los que lo rodeaban que lo condujeran hasta su famosa biblioteca para morir entre libros y mapas, escribiera en el primer prospecto de su *Revista Peruana* que precisamente se proponía retomar el ideal que alentara al *Mercurio Peruano* de 1791 y la *Revista de Lima* de 1860. En su opinión, *transformar el periódico en vaso de acíbar o en clarín de fratricida lucha, es degradar su trascendental objeto*, y esta idea decía haberla aprendido de aquellos que dieron a luz el *Mercurio* de Aristio y Hesperiófilo.

Además, Paz-Soldán tenía el claro objetivo de desmentir a algunos escritores extranjeros por lo que escribían acerca del Perú. Merece la pena cederle la palabra:

Hay escritores que no han estado en el Perú más de quince días y se atreven a publicar volúmenes sobre esta nación, manifestando como costumbres de la sociedad entera, las que observaron en el reducido círculo de que por acaso pudieron rodearse en su instantánea permanencia. Las relaciones que hacen de sus viajes, las noticias que comunican sobre costumbres, leyes, estadística, comercio, productos naturales, en fin cuanto escriben o

carece de verdad, o está confundido con multitud de crasos errores; de suerte que el Perú que esos viajeros describen es un país desconocido para los Peruanos.

Este mismo afán que llamaremos *desmitificador* de la idea europea del país de los incas se dejaba sentir en las páginas del primer *Mercurio*. Sus impulsores también se proponían luchar contra las falsas imágenes que circulaban en la Europa ilustrada y revolucionaria acerca del Perú, para lo cual era preciso dar noticia exacta del mismo o, en sus propios términos, *hacer más conocido el País que habitamos*. No era casual, entonces, el reclamo del segundo *Mercurio*, el de Belaunde, por una especificidad nacional, por una *inspiración en las fuentes propias* y por un enfoque original de los problemas nacionales. Segunda conexión.

A la voluntad de revivir el mismo programa nacionalista del *Mercurio* primero, Belaunde y sus colaboradores agregaban el afán por que la nueva publicación respondiera también al signo de su propio tiempo y fuera capaz de salir airosa de las exigencias que el siglo XX le imponía: el país tenía que ser debatido sin prescindir de lo que ocurría en otras latitudes. Por eso, el nuevo *Mercurio* supo compaginar sus intereses con la sed de cultura universal y la preocupación por los hechos de actualidad que exhibió su antecesor. En este, los artículos dedicados al teatro, la música y la poesía compartieron el espacio con otros textos que aludían a los sucesos en torno a la Revolución Francesa y al impacto de los mismos en el Virreinato. A su afán por entregar una visión de conjunto del Perú, el segundo *Mercurio* sumó la propuesta de analizar los problemas nacionales a la luz de los asuntos que resultaban de interés para el Continente y, por qué no, de las *grandes cuestiones humanas y universales* y de la situación mundial de la Gran Guerra. Esta perspectiva tuvo su expresión más nítida en la *Revista de política interna y externa*, sección que desde el primer número se encargó al Director. Belaunde no quería prescindir del aspecto político, aunque pretendía abordarlo con *planteamientos desinteresados ajenos a toda estridencia polemista*, siempre en conexión con las *últimas palpitaciones del pensamiento europeo*. El Perú en el mundo; quizás haya sido este el aporte más claro del *Mercurio* del XX, sobre todo si se piensa en las

publicaciones precedentes de las que él mismo se hacía eco. Una idea que se anunciaba o comenzaba a traslucirse en las páginas y los autores de la Sociedad de Amantes del País o en la *Revista Peruana* del erudito Paz-Soldán, pero en la que incidieron especialmente los mercuriales y su director Belaunde. Tercera conexión.

El primer número del *Mercurio Peruano* estuvo disponible, en las vitrinas de la Casa Rosay de la calle de La Merced y en el establecimiento de la Casa Sanmarti en San Pedro, el 4 de julio de 1918. El lector limeño podía comprar un ejemplar por 60 centavos. Los suscriptores de fuera de la ciudad y de cualquier parte del mundo debían añadir un extra de 30 centavos para disfrutar de su ejemplar mensual. El financiamiento, un escollo inicial, se cubrió gracias a la inclusión de avisos publicitarios de los principales bancos, casas comerciales e industrias de la ciudad. Los mismos costaban desde 15 soles, por un aviso a página entera, hasta 2 soles, los llamados "avisos populares". La colaboración de la Imprenta Sanmarti fue decisiva. No solo recibió de buena gana a los mercuriales y su iniciativa, sino que les otorgó facilidades de pago, se ocupó del cobro por los avisos y de la difusión del *Mercurio*. Belaunde recordaba con orgullo en sus *Memorias* que el mismo día de la aparición de la revista la Casa Rosay se vio forzada a pedir que se le enviaran 100 ejemplares más, pues los 1000 de la tirada original se agotaron con prontitud. El éxito, confesaba Belaunde, había llegado acompañado de la sorpresa.

De manera acertada, Belaunde reflexionó sobre uno de los mayores logros del *Mercurio* en su momento. Su fundación reunió a dos generaciones bajo una misma publicación: la de los maestros jóvenes de San Marcos y la que contaba entre sus miembros a la promoción siguiente, seducida por el mismo "ideal". Este hecho explicaría la presencia en el *Mercurio* de autores como Raúl Porras, Luis Alberto Sánchez, Honorio Delgado, Jorge Basadre, Jorge Guillermo Leguía, José Luis Bustamante, José Carlos Mariátegui, Humberto Borja García, Manuel Moreyra, y Raúl y Rómulo Ferrero, para quienes huelga ahora mayor co-

mentario en esta ocasión. Además, y era cosa que Belaunde atribuyó a su entusiasmo juvenil, los mercuriales aseguraron la participación de sus propios maestros: Alejandro Deustua, Javier Prado y Manuel Vicente Villarán, quien aportara al primer número su famoso *Costumbres electorales*.

Pronto la revista se hizo de un nombre y su capacidad de convocatoria le aseguró colaboradores. El local central de la nueva publicación, la casa de la calle Juan Pablo, y las peñas literarias trashumantes de los martes, en la calle del Milagro, en Argandoña o en Miraflores, continuaron congregando a los fundadores del *Mercurio*, a los nuevos amigos y a los universitarios allegados. Cuenta Belaunde que, en un inicio, estas reuniones no tenían nombre. Pero algunos de estos amigos se refugiaban también en Chosica para leer sobre política, filosofía y literatura. Leían a Darío y mostraban especial predilección por unos versos de *El Coloquio de los Centauros* que rezaban así: *no es la torcaz benigna, ni es el cuervo protervo, son formas del enigma la paloma y el cuervo*. Como resultado de esta inofensiva obsesión, hacían uso frecuente de la palabra "protervo", que el Diccionario quiere definir como perverso o abusivo, y, sin desmedro de su sentido peyorativo, su uso se difundió para llamar así a los mercuriales, a manera de calificativo afectuoso. Por analogía, a las reuniones de los *protervos* se les llamó *protervia*, en un sentido subjetivo, sin perjuicio de usarla en el sentido objetivo de habilidad, maña y pertinacia, como recuerda Belaunde. Pronto, el nombre se generalizó para los redactores y amigos del *Mercurio* y para sus cónclaves. Estos aseguraron la vida de la publicación: *toda la vida de la revista giró en torno a los martes de la protervia*. Y esta que fue la expresión de una solidaridad intelectual al aparecer, consolidó e intensificó una camaradería como augurio de más altas empresas. La revista mostró su resistencia al sobrevivir a la crisis, a la dispersión intelectual, a las dificultades económicas y a las trabas políticas del momento. Cuando Belaunde estuvo ausente, entre 1919 y 1920, siguió bajo la dirección de Alberto Ureta, de César Antonio Ugarte o de Carlos Ledgard, todos fundadores. Continuaron en ese lapso también, aunque no en Juan Pablo, *los martes de la protervia*. Sobre esta especie de sana terquedad,

bastará hacer notar ahora que, venciendo esa apatía a la que hiciéramos alusión líneas arriba, el *Mercurio Peruano* de 1918 celebró los 500 números hace solo algunos años.

Reflexionar sobre los dos *Mercurios Peruanos* -la trilogía se completa con el diario homónimo de la primera mitad del siglo XIX- es pensar sobre todo en una idea. Porque a los esfuerzos y anhelos de ambos subyace la convicción de un país que pugna por existir y que se quiere expresar en el adjetivo que acompaña a *Mercurio*. Porque, a pesar de la historia -o quizás merced a ella-, fue posible agrupar en 1791 y 1918 un conjunto de estudios sobre geografía, historia, política o economía a partir de un objeto común de análisis: la interacción cambiante entre un territorio y una comunidad humana, por decirlo sin mayor pretensión.

Pero además, aceptada la premisa anterior, seguir a los dos *Mercurios* es embarcarse en un derrotero por demás fascinante, y aceptar la invitación a pensar históricamente, en el recto sentido del término. ¿Qué tenían en común el Perú de 1791 -el de los Amantes del País-, el de 1879 -cuando la *Revista Peruana* de Paz-Soldán- y el de 1918, año en que nació el segundo *Mercurio*? ¿Qué era preciso afirmar, reafirmar y combatir a través de las letras en esas tres coyunturas? No ensayamos la respuesta, pero no podemos dejar de pensar en un hecho, y lo decimos con aflicción pero sin abatimiento: en el Perú, los males gozan de larga vida, y su longevidad despertaría la envidia de los muchos proyectos encomiables que fallecen prematuramente. No así el de los *Mercurios*, por fortuna. Por eso, sentimos que debemos callar ahora para pensar en unas palabras que Belaunde pronunció a raíz de la crisis de 1914, pero que nos sirven muy bien en el momento de *nuestra* crisis presente:

Yo necesito expresar, más imperiosamente todavía, el ansia congojosa y honda de los hombres nuevos, de que no desaparezca la nacionalidad, y junto con ella, el ideal y la razón de su vida. Y entonces yo me atrevo a decir y digo muy alto: Hombres públicos del Perú, la hora de la prueba ha llegado;

la más alta gloria será para el más grande desinterés y para el sacrificio más grande. Sobre las ambiciones bastardas y las pasiones entorpecedoras, caerá la condena augusta de los hombres que se van, caerá el veredicto fulminador de los hombres que llegan, y caerán definitivas y lapidarias las maldiciones de la historia.

**Víctor Andrés Belaunde y el espíritu
de la Universidad Católica**

Eduardo Torres Arancivia

Las instituciones, como reunión de individuos o como ideas de obra o de empresa que buscan su realización, tienen un espíritu. A más añeja una institución, más rico es su espíritu. Ese es un hecho ineludible y aunque es difícil de explicar, se percibe, se siente y se asume.

Para quienes somos parte de una comunidad universitaria la idea de un espíritu cohesionador se nos hace natural. Los miembros de una universidad se identifican los unos con los otros y se reflejan en los ideales que norman las bases en las cuales se fundamenta el claustro.

La Pontificia Universidad Católica del Perú como institución de antigua data tiene historia y tiene, a la par, un espíritu que está en constante movimiento presentándose, de esta manera, vivo. Al igual que un tronco añoso, la institución aún reverdece con la savia nueva que le insertan sus maestros, estudiantes y trabajadores cada año. No obstante, el espíritu que nos identifica, que sabemos nos une en comunidad, que nos diferencia y nos hace únicos; en los tiempos actuales, aparece esquivo o difícil de delinear. Sin embargo, hace casi 60 años, hubo un maestro que, desde las aulas, definió de una manera clara e inteligente el espíritu de la Universidad Católica. La ocasión de este homenaje, entonces, se vuelve propicia para profundizar en la esencia de nuestra casa de estudios y recordar a una figura señera y decisiva en la vida intelectual peruana.

Cuando la Universidad Católica celebró sus 25 años de fundación, fue Víctor Andrés Belaunde quien dijo, en aquella oportunidad, que *La Universidad Católica ha sido un continuo milagro del espíritu. Nació de la fe del hombre y ha vivido y prosperado por el factor espiritual de la misma fe. Suyas fue la idea, suya la continua*

lucha, suya es hoy la corona. Esa tal vez fue la primera vez que alguien intentaba explicar de manera sistemática la fisonomía de la Universidad. No había necesidad de pedir pruebas tangibles o causas objetivas ya que el elemento cohesionador debía asumirse como una cuestión de fe.

Era verdad. La Universidad Católica había surgido justamente para ser un reducto de la fe ante un ambiente que comenzaba a cargarse de escepticismo radical e indiferencia religiosa. Nació austera, pequeña, y hasta muchos dicen que en sus primeros años casi pasó desapercibida. El loable tesón puesto por el padre Jorge Dintilhac a veces era motivo de la irreverencia que catalogaba su obra como simple "academia de religión". Sin embargo, el espíritu institucional había germinado y se vería enriquecido cuando dos inteligencias poderosas y creyentes vinieron a sumarse a la Universidad buscando refugio y un ambiente propicio donde la fe y la razón pudieran convivir. Me refiero a José de la Riva-Agüero y a Víctor Andrés Belaunde.

Estos dos intelectuales -no podemos negarlo- dieron prestigio y brío a la cátedra y moldearon el carácter universitario. Entonces, no es tan cierto que fue por la crisis en las aulas sanmarquinas que la Católica se hizo grande, sino que creció justamente porque pudo definir una línea basada en los valores esenciales del cristianismo y eso, sin lugar a dudas, atrajo a un buen sector de la juventud que no quería una educación indiferente a la fe y que se veía reflejado en estos dos maestros y en sus apostolados.

El nexo de Riva-Agüero con la Católica, aunque entrañable, duró poco por la repentina muerte del insigne historiador y polígrafo. En cambio, la relación que mantuvo Belaunde con las aulas pontificias se extendería por décadas y en ella entregaría toda la riqueza de su inteligencia y personalidad. De la misma manera, la institución le ofreció a Belaunde un espacio privilegiado en el que sus intereses y expectativas se desarrollaron. Es por ello que no hay personalidad que esté mejor identificada con la esencia de la Católica que la de Víctor Andrés Belaunde.

En su concepción de universidad, el maestro arequipeño definió que ésta no debía ser tan solo una elemental escuela de civismo o una exclusiva academia religiosa. La universidad, en su pensamiento, es mucho más, es *una institución que pretende dar una educación integral y proporcionar conocimientos universales y unificados en la que se cultiven el conocimiento por el conocimiento y la verdad por la verdad.*

Pero no solo se trataba de la verdad que el cristianismo promete sino que la creencia, la fe, debía ser indesligable del nacionalismo, solo así la fisonomía de la Universidad Católica encontraría su correlato con nuestra realidad nacional: *Cristianismo y nacionalismo, universalidad que se funda en la realidad nacional y no absurdo cosmopolitismo que borra las fuerzas vivas y la variedad y riqueza de las patrias nacionales. La tierra y el evangelio: humus et lumen.*

No podía haber disociación entre patria y universidad en la concepción belaundiana puesto que la patria venía a ser la reunión de esencias espirituales y una de esas esencias era, claro está, el espíritu universitario. Se colige, entonces, que en un *resurgimiento espiritual del Perú* -también postulado por Belaunde en varias de sus obras- el rol de la Universidad Católica sería decisivo.

Lo dicho cobra su mayor vigencia si consideramos que la universidad no solo tiene la finalidad de formar profesionales sino que va más allá. La cátedra también forma personas, prepara espíritus los cuales engrandecen el alma de la institución. Al definir la esencia espiritual de la Universidad Católica Belaunde dijo que dicha esencia estriba *en que ella encarna, en la evolución cultural del Perú, la anticipación y la enseñanza de la primacía de los factores morales que deben regir y orientar todos los aspectos de la vida y servir de criterio para la utilización de los recursos y elementos puestos por la Providencia en manos del hombre.* Solo así la Universidad Católica podría reclamar un puesto de vanguardia en el antes mencionado resurgimiento nacional.

Muy pocas instituciones se pueden preciar hoy día de formar profesionales dentro de un humanismo clásico y moderno. El afán por la investigación es una de las características primordiales de los estudiantes y profesionales de esta casa, *sed de saber y afán de investigación caracterizan a nuestros alumnos* sentenció en una ocasión Belaunde y no incurría en exageración. Como prueba de ello analicemos de dónde provienen muchos de los más prestigiosos investigadores sociales, políticos, artistas y juristas; de qué imprenta salen los más originales libros y quiénes fomentan con mayor asiduidad las más elevadas expresiones de la cultura; y veremos que todo ello tiene su origen en la Católica. No obstante, todo quedaría en la nada si sus miembros y egresados olvidaran el plano moral y la ética que nuestra institución promueve.

Víctor Andrés Belaunde estaba muy consciente de que *...la educación superior está por su naturaleza destinada a la formación de la elite, a la preparación de los elementos dirigentes. Más no por esto puede tener un sentido aristocrático o de privilegio.* Es por ello que la educación superior no es, de ninguna manera, una prerrogativa sino una altísima responsabilidad, pues los que la ostentan deben devolver a su comunidad, a su entorno, a su país, todo lo que han aprendido. Eso es voluntad de servicio. No se trata solo de encerrarse en el mundillo académico perdiendo de vista el real horizonte. Si la universidad encuentra su fuerza vital en los valores cristianos mal harían sus egresados si se ensimisman y se olvidan que aún hay mucho por cambiar para que el Perú pueda pertenecer algún día al concierto de naciones avanzadas.

Una preocupación latente en Belaunde era que el fomento de la cultura humanista y su respeto se perdieran en el afán por la especialización, el tecnicismo fácil y el apresuramiento no meditado. Él estaba muy consciente de que la Universidad debía crear institutos avocados justamente a resaltar los valores humanos. Es así como nació, al interior de la Universidad Católica y por fomento del mismo Belaunde y otros prestigiosos intelectuales, el Instituto Riva-Agüero (1947), que con el

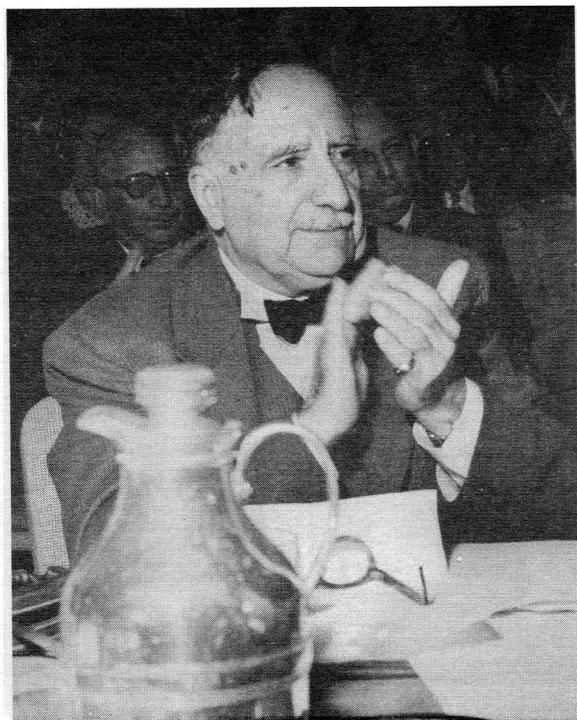
paso de los años adquiriría el título de "Escuela de Altos Estudios" y se volvería el depositario más prístino del espíritu de la Católica. La importancia del naciente Instituto fue señalada por Víctor Andrés Belaunde con motivo de un aniversario: *Era indispensable que al lado de la enseñanza profesional existiera una institución que representara las disciplinas desinteresadas, alentando la publicación de estudios originales y de verdadera investigación científica y formar en el seno mismo de nuestra Universidad los futuros profesores que deberían perpetuar nuestro mensaje de fe religiosa y patriótica [...]* Fue mi empeño, desde el primer momento, agregar ciclos de conferencias al estudio sereno y silenciosos de los conversatorios y seminarios. Eso era el Instituto Riva-Agüero, un punto de encuentro científico, de discusión, debate e investigación. La antigua mansión de la calle Lártiga se volvió vital espacio de comunidad entre profesores y alumnos. Era cotidiano ver paseándose a Belaunde por el nostálgico patio sevillano de la casa conversando con sus alumnos y discípulos sobre el significado de la Conquista, la cultura virreinal, los orígenes de la Independencia, la problemática del país y, por sobre todo, la naturaleza mestiza del Perú.



La unión entre fe y saber humanístico fue lo que siempre promovió Belaunde. Desde los años 30 la privilegiada inteligencia de este intelectual se puso al servicio de nuestra Universidad. Su espíritu cristiano se reflejó en el de la Católica, pues en él veía la realización de sus ideales. Como la semilla de mostaza de la parábola evangélica, el patriarca, en su edad senil, pudo ver el engrandecimiento de su obra. Si hoy día se nos es difícil definir al espíritu universitario de la Pontificia Universidad Católica del Perú bien vale la pena evocar en este justo homenaje el poder de su palabra:

Nos ha caracterizado la impoluta ortodoxia, el patriotismo ferviente, el celoso cumplimiento de la ley, una serena atmósfera de estudios y una vinculación estrechísima entre maestros y alumnos. Somos una familia espiritual que ha crecido a la sombra de un padre amoroso. Nos une el vínculo inefable del amor a la verdad y de nuestro afán estudioso; hemos sabido compartir, en cristiana cordialidad, el pan material de nuestros ágapes alegres, porque supimos compartir antes, temblorosos y felices, el pan de la verdad y del amor en el cuerpo de Cristo. Nuestro empeño es ser unos, sin diferencias de clases ni de rango, como quiso el Señor, por ser unos en Él.

Fotografías



Conferencia Panamericana en la que se trató el problema con el Ecuador. En segundo plano (izq.) aparece Diómedes Arias Schreiber, exministro de Relaciones Exteriores en el segundo gobierno de Óscar R. Benavides.



Víctor Andrés Belaunde en una corrida de toros en la plaza de Las Ventas. Madrid, octubre de 1949.



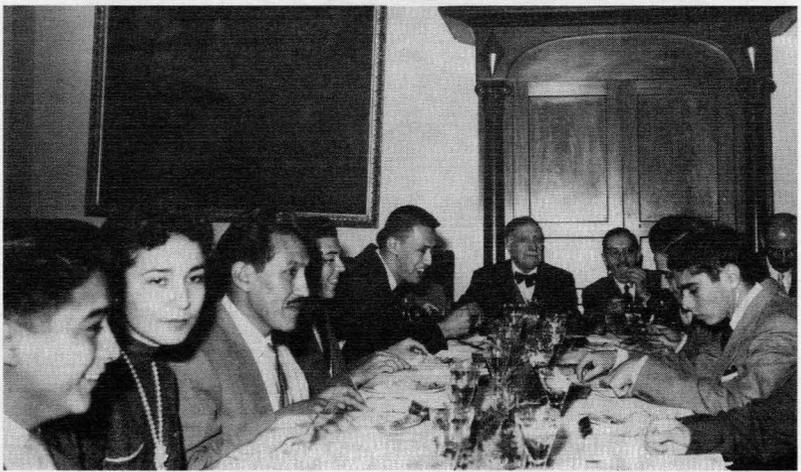
Teresa Moreyra de Belaunde, el general Lino Bermúdez de Casho, Víctor Andrés Belaunde y el Director del Museo Militar de Madrid. Octubre de 1949.



Víctor Andrés Belaunde recibe una condecoración de manos del delegado de Italia. 1950



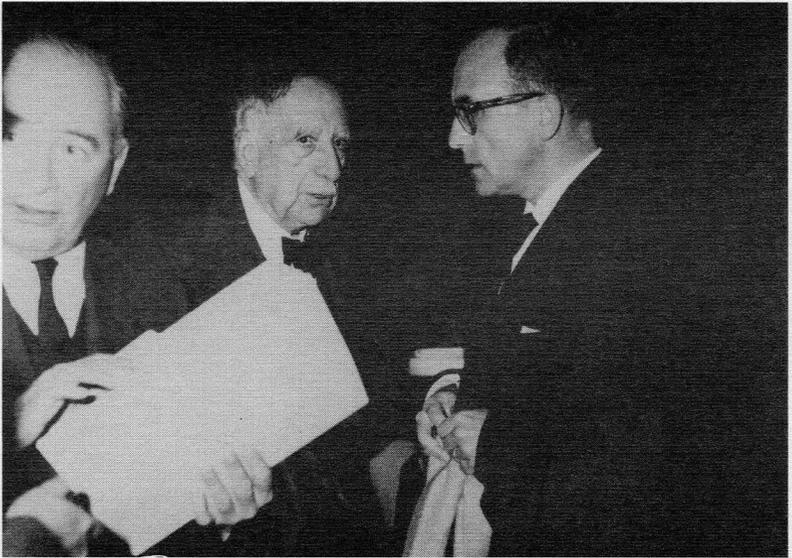
Teresa Belaunde Moreyra, Teresa Moreyra de Belaunde y Víctor Andrés Belaunde en el barco de regreso de Europa, después de asistir al Año Santo en Roma. 1950.



En el Instituto Riva-Agüero, despedida de soltero
de Luis Jaime Cisneros. Julio de 1958



José Agustín de la Puente Candamo y Víctor Andrés Belaunde en la misa en la Catedral de Lima (Capilla de Santo Toribio) con motivo de la iniciación del *Seminario sobre problemas iberoamericanos*, con la asistencia de los delegados de la Argentina, Chile, México, España, el Brasil y Perú. Lima, 22 de abril de 1963.



Aurelio Miró Quesada Sosa, Víctor Andrés Belaunde
y José Agustín de la Puente Candamo en la apertura
del *Congreso sobre el mestizaje*, conmemorando los 60 años
de la Academia Nacional de la Historia.
Casa de la Cultura de Lima, 15 de setiembre de 1965.



En la inauguración del busto del presidente Francisco García Calderón en Pueblo Libre. Manuel García Calderón Koechlin, Carlos Hamann Giribaldi, José Agustín de la Puente Candamo, Víctor Andrés Belaunde y Antonieta Pastorino de Hamann.



Índice

| | |
|--|----|
| Presentación, por Margarita Guerra Martinière, profesora principal del Departamento Académico de Humanidades y directora del Instituto Riva-Agüero | 7 |
| Primera parte | 11 |
| Semblanza de un gran hombre, por José Antonio del Busto Duthurburu | 15 |
| Entre la serenidad y la inquietud, por Luis Jaime Cisneros Vizquerra | 19 |
| Víctor A. Belaunde y la Universidad Católica, por Domingo García Belaunde | 21 |
| Víctor Andrés Belaunde: elogio fúnebre, por Felipe Mac Gregor S.J. | 25 |
| Recuerdo de Víctor Andrés Belaunde, por Armando Nieto Vélez S.J. | 29 |
| Evocando a Víctor Andrés Belaunde, por César Pacheco Vélez | 33 |
| Mis recuerdos de Víctor Andrés Belaunde, por José Agustín de la Puente Candamo | 38 |
| Recuerdos del maestro Belaunde, por Alberto Wagner de Reyna | 42 |

| | |
|--|----|
| Segunda parte | 45 |
| Víctor Andrés Belaunde, un reformador político desde la Universidad, por Emilio Iván Candela Jiménez | 49 |
| Idealismo y realidad. La labor diplomática de Víctor Andrés Belaunde, por Gonzalo Carrillo Ureta | 59 |
| Víctor Andrés Belaunde y la síntesis viviente, por Joseph Dager Alva | 69 |
| Idea general del segundo <i>Mercurio Peruano,</i> por Jose Carlos de la Puente Luna | 72 |
| Víctor Andrés Belaunde y el espíritu de la Universidad Católica, por Eduardo Torres Arancivia | 81 |
| Fotografías | 87 |

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Archivo de la Universidad

César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

Beatriz Montoya Valenzuela
Vanessa Veintemilla Minaya
Pablo Páucar Chumpitaz
Carolina Uceda Castro
Roberto Zuloeta Arroyo
Soledad Acosta Mondragón
Archiveros

María Asunción Dextre Vitaliano
Administradora

Javier Mendoza Suyo
Conservador

Rocío de la Aurora Canales Negrón
Bibliotecaria

Elizabeth García Vásquez
Diagramadora

Benito Paredes Castro
Impresor

Ejemplar N° 211

El número 37 de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* se terminó de editar en la imprenta PUCP (San Miguel, Lima) el 30 de agosto del 2004, festividad de Santa Rosa de Lima, patrona de la Pontificia Universidad Católica del Perú. La edición consta de trescientos ejemplares numerados.